



El Mensajero Seráfico - Agosto-Septiembre 2013

EL MENSAJERO SERÁFICO

REVISTA DE ORIENTACIÓN GENERAL – AÑO CXXV – NÚM. 1630 – AGOSTO-SEPTIEMBRE 2013

PORTADA

Grupo de mártires Capuchinos a beatificar de la Fraternidad de Jesús de Medinaceli de Madrid.

CONTRAPORTADA

Grupo de mártires Capuchinos a beatificar de la Fraternidad de El Pardo-Madrid.

CONTENIDO

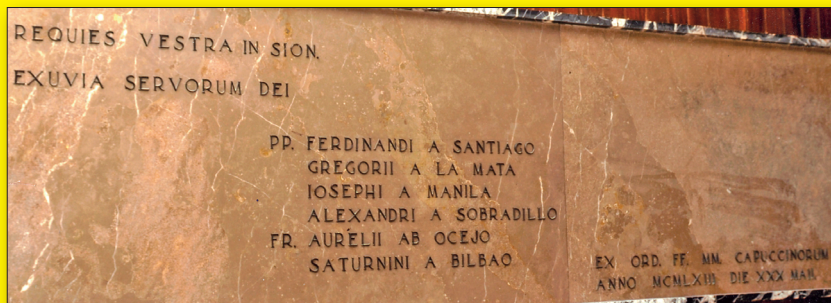
Pequeñas biografías de los mártires a beatificar de las antiguas Provincias de Castilla, Andalucía y Valencia.

AUTORES

Las biografías de los 22 mártires a beatificar de la antigua Provincia de Castilla son originales del P. Valentín Martín Tejerina.

Las 10 biografías de mártires a beatificar de las antiguas Provincias de Andalucía y Valencia son originales del P. Alfonso Ramírez Peralbo.

Enviamos a los dos nuestro agradecimiento más sincero...



Director: P. ÁNGEL GARCÍA DE PESQUERA.

Administración: fr. Miguel Ángel Fernández Reyero.

Edita: Provincia Capuchina de España.

Dirección: Plaza de Jesús, 2. 28014 Madrid. Teléfs. 91 429 93 75 y 91 429 68 93.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ANUAL:

España: 10 euros. Como bienhechor: 15 euros.

Extranjero: Vía superficie: 20 euros o su equivalente en dólares.

Vía aérea: 45 euros o su equivalente en dólares.

Nuestra cuenta en Caja de España es el N°-2096-0586-12-3036829502.

**VENID CON FE Y AMOR ANTE LA IMAGEN DE JESÚS DE MEDINACELI. OS PIDO ALGO MÁS.
TRAED UNA SUSCRIPCIÓN NUEVA A EL MENSAJERO SERÁFICO. JESÚS OS LO AGRADECERÁ Y PREMIARÁ.**

PRESENTACIÓN DE NUESTROS MÁRTIRES

Futuro “Beato Andrés de Palazuelo y 31 compañeros mártires Capuchinos”

El próximo día 13 de octubre, a las 12 horas de ese domingo tendrá lugar la beatificación de un grupo numeroso de Mártires del siglo XX. La Conferencia Episcopal Española concretó que dicha ceremonia tuviese lugar en Tarragona. Ese día por toda nuestra patria se van a vivir rayos de luz y fe. ¡Lo estaban aguardando tantos!



San José María Escrivá de Balaguer, en su libro, Camino, denuncia la realidad que nos afecta:

“Es un secreto a voces: las crisis mundiales son las crisis de santos. Dios quiere un puñado de santos en cada actividad.

– Aun resuena en el mundo aquel grito divino –«Fuego vine a traer a la tierra y ¿qué quiero sino que se encienda?»–.

Y ya ves: casi todo está apagado....

– ¿No se animar a propagar el incendio?...”

La verdadera tristeza es carecer de santos. La Iglesia nos anuncia que en nuestros tiempos ha habido santos... Desde Tarragona nos van a mostrar una multitud de santos. Nos los presentarán como “los mártires del siglo XX”.

Entre ellos figurarán muchos frailes Franciscanos Capuchinos. Se les celebrará como “beato Andrés de Palazuelo y 31 compañeros mártires”. De ellos 22 pertenecen a la antigua Provincia de Castilla, y algunos de ellos fueron directores, colaboradores y trabajadores de “El Mensajero Seráfico”.



1.- Proceso

El día 13 de junio del 2013 fueron convocadas las diversas causas para la Beatificación de los mártires del siglo XX. Convocaba la Conferencia Episcopal Española en su sede. Fue presidida la reunión por Monseñor Juan Antonio Martínez Camino, Secretario General de la CEE. Se quería informar de la próxima beatificación de los grupos de los mártires del siglo XX en España.

Los Obispos españoles se han apoyado en la Carta Apostólica “Porta Fidei”, se ha recordado aquellos testigos que entregaron sus vidas como testimonio de su fe. Esta fue la gran noticia tan esperada:

“Al terminar el Año de la Fe se celebrará la beatificación de un buen número de mártires del siglo XX en España”.

En una segunda reunión se concretó fecha y posteriormente

el lugar: “La beatificación tendrá lugar el Domingo, día 13 de Octubre del año 2013... Y tendrá lugar en la Ciudad de Tarragona...”.

2.- Los martires capuchinos

Nuestros mártires capuchinos de las provincias religiosas de España en el siglo XX fueron estudiados y presentados en Cinco Causas (Madrid, Gijón, Santander, Antequera y Orihuela), que luego se centraron en una única Causa Capuchina que estudió y presentó a 32 mártires testigos de la fe...

Fueron diversos caminos confesando su fe sin una sola palabra de rechazo para sus enemigos y verdugos. Sin embargo, en cada juicio siempre queda claro el odio al cristianismo y el deseo de arrancar todo sentimiento religioso y hasta la memoria y el mismo nombre de Dios. Los milicianos que lo arrastraban, nunca ocultaron que con su acción buscaban acabar con la Iglesia.

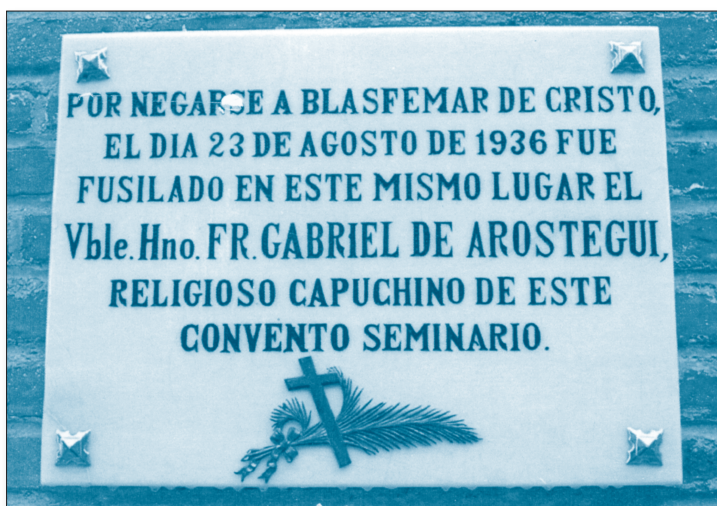
Ahora van a ser beatificados. Se nos van a ofrecer como intercesores y ejemplo. Recojamos la valentía de sus vidas de fe sincera. Pidámosles que intercedan por nosotros y por la Iglesia. Van hacia los altares.

Honremos a nuestros mártires del siglo XX. Lo peor que puede pasar a un pueblo cristiano es olvidar a sus mártires... Un martirio no se improvisa aunque se desenlace en un instante.

El mártir cristiano no muere por una idea, aunque sea la más alta. El mártir cristiano muere por Alguien que ya murió antes por él: ¡Jesús!

Jesús les dejó ya antes el anuncio de la promesa: “Al que me confesare delante de los hombres, Yo lo confesaré delante de mi Padre Celestial”.

En nuestra formación franciscano capuchina los hemos tenido muy presentes. En la puerta de nuestro Seminario fue asesinado en su día un Hermano Capuchino al salir de la puerta hacia el área de juegos:



Recogíamos la maravilla del testimonio.

El y sus compañeros mártires fueron testigos de fe y de amor a Dios y a los hermanos. Así los hemos recibido como testigos, como modelos a seguir. Encaran el ideal del “capuchinos, misioneros, y santos”.

Paúl Claudel nos ha dejado la pregunta: “Vosotros los que veis ¿qué habéis hecho de la luz”? Nuestra vidas deben ser respuestas. Ellos, nuestros mártires, iban derramando luz, dando luz... ¿Nosotros pasamos ocultando la luz, claudicando?

Fray Ángel García de Pesquera

HACIA LOS ALTARES

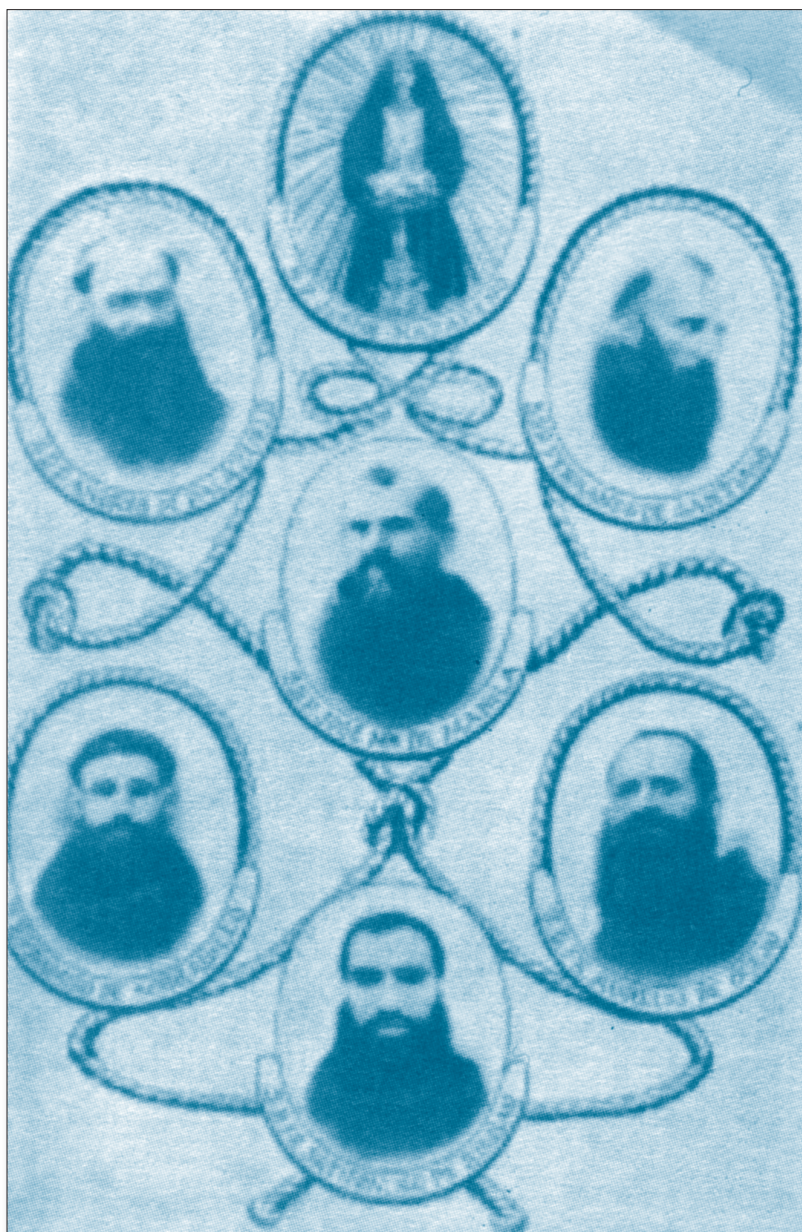
¿Nuevos Beatos?

LA BEATIFICACIÓN DEL AÑO DE LA FE TENDRÁ LUGAR EL DOMINGO 13 DE OCTUBRE DE 2013

La Beatificación del Año de la Fe tendrá lugar, en Tarragona, a las 12 horas del domingo 13 de octubre. Se ha adelantado la fecha, que en un principio estaba fijada el día 27 de ese mismo mes, para evitar la coincidencia con el Encuentro de las Familias con el Santo Padre, que se celebrará en Roma los días 26 y 27 de octubre.

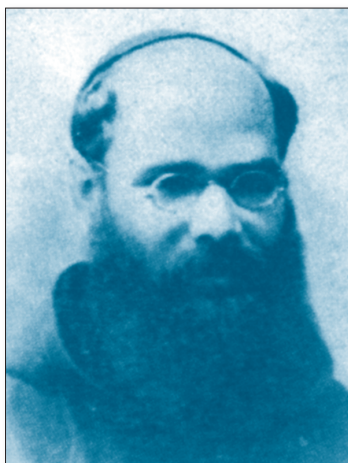
La organización de la ceremonia de beatificación corresponde a Secretaría General, a través de la Oficina para las Causas de los Santos de la Conferencia Episcopal Española, en coordinación con la diócesis anfitriona. La última Asamblea Plenaria de la CEE decidió que la ceremonia de beatificación de mártires del siglo XX en España se celebre en Tarragona. La sede elegida cuenta con una gran historia de fe cristiana y martirial, pues los protomártires hispanos son el obispo de Tarragona, Fructuoso, y sus dos diáconos Augurio y Eulogio. Además, en esta ocasión 147 mártires de los que serán beatificados son de Tarragona, entre ellos el que fue Obispo Auxiliar de la diócesis, Manuel Borrás y 66 sacerdotes diocesanos.

El Plan Pastoral de la CEE recoge como una de las grandes acciones, inscritas en el Año de la Fe, la beatificación de mártires del siglo XX en España. En el Plan se recuerdan las palabras del Papa Benedicto XVI cuando, precisamente al convocar el Año de la Fe, señaló que “por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores”.



Grupo de mártires y futuros beatos de la Fraternidad de Jesús de Medinaceli (Madrid).

P. Andrés de Palazuelo



El primero en sucumbir de la Comunidad de Madrid fue el P. Andrés de Palazuelo, consejero y archivero provincial. En la noche del 30 de julio fue detenido en la pensión San Antonio de la calle León, por milicias que obedecían órdenes de la Agrupación Socialista del Puente de Toledo. El lujo de precauciones rayó en lo increíble: apagaron todas las luces del barrio y mientras unos tomaban militarmente las entradas y salidas de las calles, otros patrullaban enfilando los balcones. A puntapiés le bajaron por la escalera en el preciso momento en que de la Dirección General de Seguridad, que en muy poco tiempo había sido avisada dos veces de lo que ocurría, se recibió por teléfono esta respuesta: “Si las milicias presentan orden escrita para detenerle

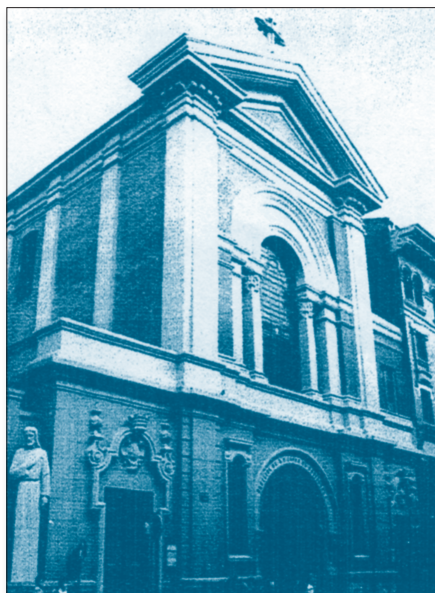
no hay nada que hacer”. Y la Orden fue presentada. Lo mandaba la checa socialista del Puente de Toledo. Lo fusilaron aquella misma noche.

Este es el relato del P. Constancio de Aldeaseca, alumno del P. Palazuelo cuando éste enseñaba filosofía en Montehano y al que le tocó pasar sus peripecias para salir de Madrid vía Valencia-Barcelona. Efectivamente el P. Andrés de Palazuelo había sido profesor durante varios años de Filosofía en Fuenterrabía y Montehano. Nacido en el año 1883 en las riberas del río Torio (León), la piedad familiar favoreció el germen de una vocación que dio sus primeros pasos en el seminario de San Feliz de Torio, pero la voz del misionero popular, a él, como a su primo Diego, le arrastró al noviciado de Bilbao en donde se vistió de capuchino el año 1899.

De Bilbao a Fuenterrabía y León para completar estudios y prepararse para el sacerdocio. Su destino natural hubiera sido un continuo peregrinaje por los conventos de España y América como su primo Diego que murió en Valencia de Venezuela en 1965, pero las dotes intelectuales de que gozaba el P. Andrés llamaron la atención de los superiores que sin ordenarse le mandaron de profesor de Teología a El Pardo y León, ordenándose en Segovia en 1908.

Eran los tiempos del modernismo y el P. Andrés nos ha dejado una obra comentando la encíclica Pascendi del Papa Pío X condenándolo, pero no estaba llamado a ser teólogo, sino profesor de Filosofía, historiador y director de almas. Por eso le tocó viajar a Bibao y Montehano donde enseñó filosofía a los futuros capuchinos y desde 1923 residió en Madrid, dedicado a ordenar los archivos de la Provincia de Castilla, teniendo de ayudante al también mártir Ramiro de Sobradillo. Así pudo desarrollar su labor escritora en los dos volúmenes de Vitalidad Seráfica, varios artículos, monografías sobre los antiguos conventos de Deusto y Calzada de Calatrava y artículos en la revista científica de la Orden “Estudios Franciscanos”. Es también la primera fuente para conocer todo lo relacionado con el llamado “milagro del Cristo de Limpias”: los protagonistas de esta historia PP. Anselmo de Jalón y Agatángel de San Miguel eran sus compañeros de comunidad en Montehano. Quedan muchos folios, esperando una buena causa para ser publicados.

Con todo mantenía muy viva la llama de su vocación sacerdotal. Culto predicador, era a la vez asiduo confesor dentro y fuera de la Iglesia de Madrid. Sabido es que la Iglesia de Jesús de Medinaceli, que el P. Andrés vio construir desde la primera piedra hasta la inauguración, es una Iglesia de mucho culto. El P. Andrés anteponía su ministerio a sus trabajos de archivero. Cuentan



que en Los Navalmorales (Toledo) como el día no le alcanzó para confesar a los penitentes, se alargó durante toda la noche.

Todo quedó interrumpido la mañana del 20 de julio cuando los religiosos abandonaron el convento. Familias amigas los recibían, pero la persecución estaba desatada y el P. Andrés no tuvo tiempo de acostumbrarse a la nueva vida. Diez días después era sacado a las tres de la madrugada y asesinado en las praderas de San Isidro. Una religiosa que estaba en la misma pensión cuando le sacaban le dijo: “Padre, si va al martirio, acuérdesse de nosotros”. A partir del 13 de octubre se lo podremos decir todos, cuando le veamos de nuevo en los altares de su Iglesia de Jesús de Medinaceli en Madrid.

= *P. Fernando Olmedo de Santiago*



En la tarde del 11 de agosto el P. Fernando de Santiago, consejero y secretario provincial, era detenido en una casa de la calle Antonio Maura. Los milicianos, irritados por la habitual modestia y mansedumbre del Padre, que tachaban de hipocresía redomada, le maltrataron de palabra y de obra, hiiriéndole repetidas veces con una silla. De allí le llevaron a la checa de Bellas Artes y en la noche del 12 le fusilaron. Su cara apareció completamente desecha.

A sus veintisiete años Fernando Olmedo, de familia bien situada y con trabajo asegurado después de realizar la carrera de derecho y ganar oposiciones para contable, siente que su vida de apóstol seglar en el Santiago de final de s. XIX puede dar mucho más de sí y emprende una peregrinación a Roma con motivo del año santo al estrenarse el 1900 en compañía de un amigo. Tiene poco de turismo su viaje pues se detiene a hacer Ejercicios Espirituales en Carrión de los Condes. Fue una iluminación para su vida que culminó en el encuentro, bajo el manto de la Virgen del Pilar, con un capuchino que para entonces todavía no se habían establecido en Galicia y eran muy pocos los que habían abrazado el hábito capuchino. A uno de ellos le tocó enterrar al P. Fernando en Lecaroz en el año 1901.

La luz se hizo plena en su vida. Roma ya no significó otra cosa que el trámite obligado para su regreso a España, que no a su tierra, pues desde el convento capuchino de Lecaroz, escribe por medio de su amigo una carta a su familia para decirles que se hace religioso capuchino. Y allí acudió su familia a verle profesar al año siguiente y en 1904 para asistir a su ordenación. También acudió su amigo para convertirse en el P. José María de Gijón. En Leca-

roz se hizo capuchino, se ordenó de sacerdote, ejerció de profesor y animó a aquella comunidad estudiantil con la creación de una orquesta en la que él tocaba el violín, como hacía con la tuna de Santiago.

El convento de Lecaroz pasó a la provincia religiosa de Navarra en 1907 y el P. Fernando fue destinado a Roma ejerciendo de Secretario del General de los Capuchinos, a quien acompañó varias veces en su visita a España. Ejerció de Secretario y de modelo para un cuadro de San Fidel de Sigmaringa, que siendo abogado se hizo capuchino como él y él terminaría mártir como San Fidel. Estar en Roma significa también atender a miles de encargos que se hacen desde España y el acompañamiento a todos los que llegan a visitar o residir en la Ciudad Eterna. Entre ellos, a su compañero de martirio y gallego también el P. Berardo de Visantoña.



A los 40 años una enfermedad pulmonar le obligó a regresar a España de la que se repuso respirando los aires de la sierra de Guadarrama, primero en la propia sierra y luego



en El Pardo. Aquí daba clases en el seminario, volvió a hacer resonar la orquesta y dirigió nuestra revista de El Mensajero, tan unida a nuestros mártires pues varios de ellos escribieron en sus páginas y Fr. Aurelio de Ocejo se ocupó durante varios años de su composición y su administración.

Repuesto de su salud volvió a ejercer de secretario del P. Provincial en Madrid y empezó una vida de confesor y director de almas. Fue su campo de acción durante dieciséis años hasta que el asalto al convento en la mañana del 20 de julio, le obligó a refugiarse en una casa particular.

Detenido el 11 de agosto de 1936, esa misma noche sería fusilado y enterrado en la Almudena. Le acompañaba otro religioso que se salvó porque tenía apellidos vascos. Así de aleatoria era la justicia esgrimida por aquellos exaltados tribunales populares donde el mayor delito era ser religioso.

El P. Fernando se había confesado la víspera porque sabía que había llegado la hora de entregar definitivamente su vida a Dios como lo había hecho en 1900 cuando ni siquiera se despidió de su familia para vestir el hábito capuchino. Era tenido por santo y desde octubre lo será oficialmente.

En el cielo le esperaba su paisano Fr. Manuel de Santiago, muerto en 1888.

== P. José María de Manila



Nació en 1880 en Manila donde su padre desempeñaba un relevante cargo en la todavía colonia española. Tras una infancia piadosa, es enviado a España para continuar estudios hospedándose en casa de parientes. Su niñez y juventud se desarrollaron con aprovechamiento en los estudios y en la piedad con devoción especial a la Sagrada Familia. En Madrid terminó el bachillerato comenzando la carrera de leyes. Su paso por la universidad es ejemplar, pero más ejemplar es su vida cristiana amasada en prácticas piadosas y ejercicios espirituales cada año en Semana Santa a la vera de la Iglesia de Jesús de Medinaceli, cuyo primer templo conoció, así como fue testigo de la transformación en el magnífico templo actual.

En ese ambiente germina la vocación capuchina a la que considera una Orden austera en consonancia con sus ya habituales prácticas penitenciales y donde puede encontrar cauce para volver a su tierra natal como misionero. Su familia, sin embargo, opuso resistencia, a pesar de ser muy piadosa y contar con varios miembros femeninos de la familia en el claustro. Con Eugenio, que así se llamaba de pila, tenían otros planes encaminados a que continuara la tradición familiar. Esta oposición retrasa el ingreso varios años en los que Eugenio va aumentando la piedad y la decisión. Por fin ingresa en Lecaroz bajo la atenta mirada del P. Llevaneras, gran organizador de misiones en los antiguos territorios españoles y teniendo como profesor un futuro compañero de martirio: el P. Fernando de Santiago.

Sus sueños no cristalizan porque el P. Llevaneras es llamado a colaborar en los organismos curiales de Roma y el P. José María, entonces residente en Barcelona, puerto de embarque para Oriente y campo de sus primeros escauceos como predicador, tiene que dirigir su mirada a la ciudad de su familia y regresa a Madrid. Lo que no pudo hacer en tierras de misión, lo hizo con verdadera entereza por las diversas comarcas españolas. Se dedicó intensamente a toda clase de predicación para lo que le favorecía



su potente voz. Los capuchinos suelen cambiar cada tres años de tarea y de destino y en esa ruleta le tocó ser superior de Montehano, Bilbao y Salamanca y residir en diversos conventos, especialmente en Gijón y Madrid. Aquí fue donde dejó verdadera huella, sobre todo en las congregaciones marianas que dirigía, y donde le sorprendió la guerra del 36.

Le tocó peregrinar por varias casas de amigos del convento e incluso en la del matrimonio que le había albergado en sus tiempos de estudiante, pero en ninguna parte se sintió seguro y terminó perdiéndole su afán de celebrar la Eucaristía el 15 de Agosto. Los porteros de la casa le reconocieron y dieron aviso a los milicianos que, aunque no lograron detenerlo allí, ni en el siguiente refugio, lo hicieron en casa de sus familiares a donde había acudido como último refugio el P. José María. Fue trasladado a la prisión de Bellas Artes y, tras un breve interrogatorio fue condenado a muerte y asesinado

en el cuartel de la montaña en la mañana del 17 de Agosto de 1936.

Así acabó su vida este religioso que contaba 56 años dedicados a Dios. Lo hizo en el hogar de sus padres y en Colegio de Dominicos que frecuentaba en Manila. Lo hizo en Madrid mientras terminaba el bachillerato y su piedad fue en aumento conforme crecía en edad y conocimientos. Fue capaz de sostener y vencer la oposición de su familia para que entrara capuchino. No pudo ser misionero en Filipinas, pero dirigió su fervorosa palabra desde innumerables púlpitos a lo largo y ancho de Castilla. La entrega que el vivía por Dios y que se manifestaba en su pobreza, austeridad y oración. “Qué cosa, dos tiros y el martirio”, exclamó al enterarse de la muerte del P. Andrés de Palazuelo. Días más tarde le tocó a él y ya vive para siempre con el Señor a quien buscó con ahínco en su vida mortal. Con barba y sin ella, con hábito o sin él, era inconfundible su sello de capuchino.

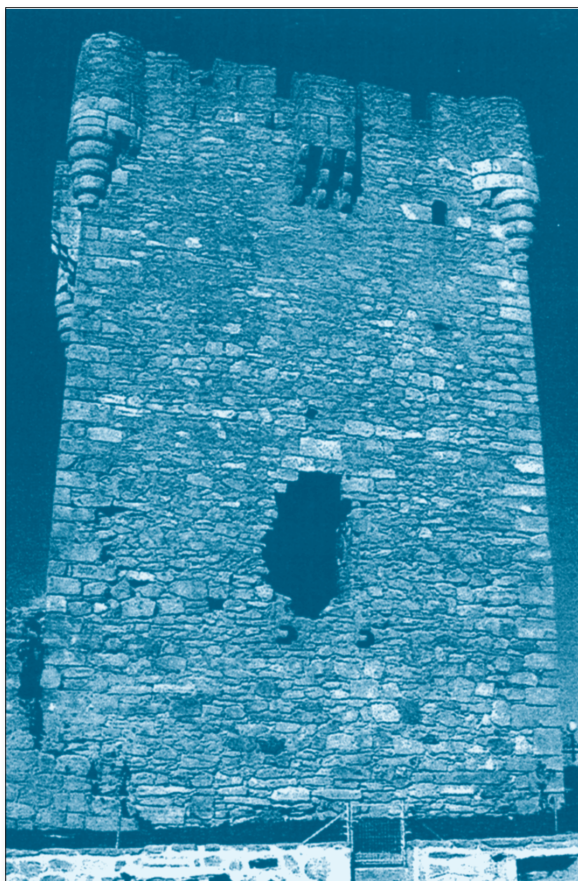
== P. Ramiro de Sobradillo



En Sobradillo, pueblo de Salamanca allá por los Arribes, nació en 1907 el que como capuchino, recibirá el nombre de P. Ramiro. Otros nueve vástagos componían la familia de Vicente y Lorenza y todos iban aprendiendo simultáneamente a ser buenos cristianos, letras y tareas domésticas y agrícolas. A los siete años, José, que así se llamaba por entonces nuestro protagonista, cogió una buena mojadura cuidando ovejas y a consecuencia de la misma, perdió la movilidad de medio cuerpo para abajo. Lo que los médicos no pudieron remediar, lo remedió una promesa al santo Cristo de San Felices. José volvió a andar en cuanto sintió sobre su cuerpo la ropa que había sido restregada en la imagen del Cristo.

Con semejante milagro la vocación de José estaba más que cantada, tanto más cuanto Sobradillo venía siendo semillero de vocaciones capuchinas. A los 10 años ingresó en el seminario de El Pardo y los pasos se fueron sucediendo con la normalidad y constancia con que crece el grano de trigo. Efectivamente, el P. Ramiro -así se llamó desde 1922- sin ser brillante en nada, sí dio en todo momento la imagen típica de un capuchino pues era muy constante en sus prácticas de piedad y de estudio. Su madre contaba que de niño, si alguna vez se retrasaba en rezar el rosario diario, en seguida su hijo se lo recordaba.

En Junio de 1930 se ordenaba de sacerdote y era obligado ofrecer su primera misa al Cristo de San Felices. Después vendría su rodaje apostólico por los pueblos de Cantabria, su dedicación al Seminario de El Pardo y trabajo en la secretaría del P. Provincial. Si antes hablábamos de normalidad, ahora tenemos que hablar de celeridad. Porque los destinos se sucedían con rapidez, ya que la vida parecía destinada a no dar mucho de sí. Enfermo del riñón, el P. Ramiro frecuentaba el balneario de Solán de Cabras los veranos cuando se interrumpía el catecismo de la Iglesia de Jesús de Medinaceli. En aquellos tiempos de escasos productos farmacológicos, los balnea-



rios eran considerados como auténticos salvavidas. La Crónica de Montehano nos ofrece una larga lista de religiosos que acudían a Las Caldas a combatir los dolores reumáticos. Pero para el P. Ramiro no eran sólo días de descanso. Ejercitaba un encomiable apostolado que nos describe el P. Diego de Valdearenas que encontró en la figura de ese capuchino la inspiración para su vocación.

La revolución de 1936 puso fin a su vida. En Julio abandonó el con-

vento como los demás religiosos refugiándose en una casa de enfrente desde donde presencié el asalto al mismo, ofreciendo entonces su vida por la pacificación de España. Por no considerar segura aquella zona donde abundaban los registros, se trasladó a la periferia de Madrid en casa de unos familiares. Pero su suerte estaba echada, si hablamos mundanamente; creo que es mejor decir que su ofrecimiento había sido aceptado, pues no se sabe cómo allí fueron a buscarle quienes sabían de su nombre de pila y de fraile. Pasó por diversos interrogatorios y cárceles confirmando siempre lo que ya sabían aquellos “tribunales” populares. Su último peri-

plo fue la “cárcel de San Antón” en el pabellón de presos peligrosos. Otro religioso intentó cambiarle a su pabellón no tan señalado, pero él no quiso aduciendo que los noventa compañeros necesitaban un sacerdote. Su último servicio sacerdotal fue dirigir la novena a La Milagrosa clandestinamente pero con gran fervor y provecho de los compañeros de prisión. Esa misma noche le llevaron a Paracuellos y fue consumada su ofrenda.

Fr. Aurelio de Ocejo de la Peña

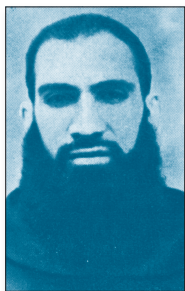
Nació en este pequeño pueblo oculto en la montaña leonesa en 1881 y le bautizaron con el nombre Facundo Escanciano Tejerina. Sus padres eran labradores dedicándose especialmente a la ganadería aprovechando los buenos pastos de la vertiente norte de Peñarocada. Facundo que era de los mayores de los trece hijos que tuvo el matrimonio Andrés y Baltasara, tuvo que alternar los estudios primarios con la ayuda a su padre en las tareas del campo y acompañarle a las ferias cercanas y hasta las más lejanas de Riaño, Mansilla y Guardo. Cuando iban a esta última localidad, hacían noche en Cegoñal en casa de los Tejerina, hasta que su hermana Encarnación se casó en dicho pueblo. Dos hijos de ésta, también se harían capuchinos. Uno de ellos, el P. Guillermo, vive en Jesús de Medinaceli. Por muchas que fueran las faenas, siempre quedaba tiempo para la misa dominical y para el rosario. El horizonte familiar se amplió con el servicio militar y también los horizontes personales. Después de cumplir con la patria durante tres años, pensó en dedicar el resto de su vida al Señor. El famoso capuchino Juan de Guernica había dado misiones en La Virgen de la Velilla en el cambio de siglo y su estampa atrajo las miradas de Facundo y de otros jóvenes del contorno. Su padre no se opuso y su ejemplo lo siguieron posteriormente un buen grupo de religiosos y religiosas en diversas Congregaciones. El llamó a las puertas del convento de León desde donde le mandaron a Bilbao y allí comenzó el noviciado el 31 de diciembre de 1908 recibiendo el nombre de Fr. Aurelio. Su vida fue en cambio rica en trabajo y servicio a sus hermanos, entre ellos cabe señalar la atención directa al P. Provincial a lo largo de varios trienios. Su vida la llenan la obras y la revista. Formando parte de la cuadrilla de frailes albañiles de Fr. José María de Leaburu que recorría los conventos donde había obras, estuvo en Montehano unos meses,

en Vigo tres años y otros tres en León. A partir de 1916 su vida se ancló en torno a esta revista del Mensajero Seráfico a la que dedicó su vida, primero como ayudante de tipografía y luego como administrador. Hasta 1919 en El Pardo y luego en Jesús de Medinaceli donde se instaló definitivamente la sede de la revista. Fue su cuartel general para imprimir y distribuir la revista. Su trabajo abarcaba toda clase de recados que le confiara el P. Provincial; entre los más delicados, el contactar con familias de confianza para aquellos días de zozobras de los años treinta. El convento fue asaltado y a punto de ser quemado en 1931. La sopa que Fr. Aurelio repartió a los soldados hizo que éstos no se retiraran y pudieran contener a los vociferantes. Todo fue a más en los primeros meses del 36 y especialmente en Julio tras la rendición de las fuerzas de Madrid refugiadas en el cuartel de la Montaña.

El 20 de Julio abandonó el convento que fue tomado por los milicianos y, después de unos días relativamente tranquilos en casa de la familia La Torre, la amenaza de registros hizo que abandonara aquel lugar a mediados de agosto y se dirigiese al Paseo de Extremadura en casa de un familiar que se desempeñaba como Guardia de Asalto. No llegó a su destino, pues su “pinta de religioso”, perceptible bajo el disfraz de un mono que le proporcionara una persona amiga en cuya casa se detuvo y la falta de documentación, hicieron que le detuvieran y, tras un formalista interrogatorio donde confesó su condición de religioso, fue fusilado en la madrugada del 17 de Agosto. Fueron las balas las que acabaron con aquella generosa vida de 55 años de edad y 27 de Capuchino dedicada a servir a sus hermanos y dar a conocer a Dios a través de El Mensajero Seráfico.



== *Fr. Saturnino de Bilbao*



Cuatro religiosos permanecieron el 20 de julio, en el convento de Jesús de Medinaceli hasta la tarde del día siguiente en que las milicias se incautaron del edificio. Al verlas llegar se refugiaron en las casas

contiguas saltando por ventanas y tejados, pero los milicianos alcanzaron a ver a alguno de ellos, que fue tiroteado. Luego, amenazadores registraron la casa buscando a los frailes. Dos de ellos buscaron refugio en los sótanos de una casa amiga y allí, escondidos dentro de un enorme cajón, vivieron momentos agónicos al escuchar las voces airadas y los pasos fuertes de los milicianos que por dos veces bajaron al sótano y pasaron rozando el cajón buscando los frailes. Uno de ellos era Fr. Saturnino de Bilbao.

Se encontraba en Madrid y era su primer destino como religioso capuchino. Nacido en dicha localidad vasca en 1910, había vivido una juventud cristianamente muy intensa pues nada más hacer la primera comunión ingresó en las congregaciones de la Inmaculada y de san Estanislao de la Iglesia del Sagrado Corazón. Desarrolló una intensa piedad personal mientras hacía los estudios de Perito Mercantil. Por ese camino llegó a novicio jesuíta en Aranjuez con el deseo de convertirse en misionero, pero al no superar una tartamudez congénita que padecía, no pudo seguir con ellos y tuvo que volver a Bilbao, donde al poco tiempo descubrió a los Capuchinos que sí le recibieron ini-

ciando su experiencia en esta Orden el día de la Inmaculada de 1929.

Trascurrido el año de noviciado, hizo sus votos y fue destinado a Jesús de Medinaceli, donde permanecerá hasta su muerte, salvo el año que tuvo que cumplir el servicio militar. Su madurez espiritual, de la que da admirable testimonio en sus cartas a familiares y amigos, pasó por la aceptación del defecto de su tartamudez. Ofreció muchas novenas pidiendo la superación de su defecto, pero un día que haciendo en alta voz la lectura espiritual para sus compañeros, se dio cuenta de que estaba presente el P. Superior, sintió tal vergüenza que no pudo seguir leyendo y con lágrimas en los ojos se postró ante el altar del Sdo. Corazón hasta que una suave paz fue inundando su corazón. En adelante ofrecía esa humillación al Señor y ya no se preocupó más de ella.

Tampoco se preocupó mucho de su vida. Se ofreció voluntario para quedarse en el convento el 20 de Julio y luego estuvo en casa de dos familias amigas, en la última de las cuales fue detenido. Buscaban a otro joven que logró escaparse y, por no volver de vacío, se llevaron a Fr. Saturnino alegando que no tenía documentación. El confesó su condición de religioso capuchino y con eso bastó para que le mataran. Días antes le habían dicho que habían asesinado a cinco capuchinos y su respuesta fue: "Yo seré el sexto". El martirio que de joven anhelaba conseguir misionando en tierras lejanas, le llegó en las calles de Madrid. Poco más de un mes duró su vida fuera del convento. Poco más de 26 años su vida. Vive con Dios quien "no estaba hecho para el mundo".



Grupo de mártires y futuros beatos de la Fraternidad de El Pardo - Madrid.

== *P. Alejandro de Sobradillo*



Francisco Barahona Martín nació en Sobradillo en 1910 y, como fruto de una misión predicada en dicha localidad por los PP. Pedro de Villarrín e Ildelfonso de Armellada, surgió su vocación y la de otros compañeros para capuchinos. En 1913 ingresa en el seminario de El Pardo y en 1918 es admitido en el noviciado de Bilbao donde recibe el nombre que encabeza estas líneas. Muy aplicado en sus estudios y muy disciplinado, de lo que dio notables ejemplos en su último año de El Pardo, desempeñando el oficio de decano, fue ordenado sacerdote en León en 1926, en donde estudió la Teología. La Filosofía la había estudiado en Montehano.

De León a El Pardo a dar clase en el mismo seminario donde había crecido su vocación. Allí se dedicó con verdadero celo, a las tareas de profesor y no dudo en ir dos años a Irlanda para aprender bien el inglés y enseñar con más garantías. Sus tareas docentes terminaron en 1934 cuando fue nombrado Superior del mismo convento de El Pardo. Su preocupación por los niños derivó entonces a procurar, para ellos y para la numerosa comunidad, los alimentos y útiles que se necesitaban. A Dios rogando y con el mazo dando. A sus idas y venidas a Madrid para conseguir los suministros, añadía intensas horas de oración porque a veces se necesitaban verdaderos milagros, que así daban, para que las facturas tuvieran cobertura. La Divina Providencia cuidó de sus hijos y nunca faltó el pan para casi 200 bocas que se abrían en los comedores de los religiosos y de los seminaristas.

Y hubo que hacer gastos extraordinarios. Conseguir un coche para que Fr. Primitivo pudiera atender mejor a los seminaristas; comprar ropa de seglar para religiosos y niños por si las cosas se ponían mal, que se pusieron. Al estallar el alzamiento militar, el convento parecía protegido por los soldados de El Pardo, pero estos se fueron hacia Guadarrama cuando se rindieron

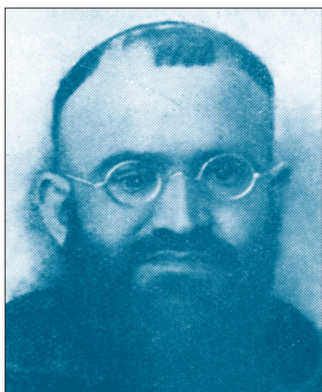
sus compañeros del cuartel de la Montaña. El 21 de Julio de 1936 el P. Alejandro y todos los moradores del convento fueron sorprendidos por un tiroteo cuando comían. Estaban rodeados de milicianos que asaltaron el convento. En un primer momento el P. Alejandro se postró a los pies del Cristo a pedirle por sus frailes y por sus niños. No hubo milagro, o si lo hubo porque los milicianos de Madrid querían colgar de los pinos a los frailes y luego tirotearlos, pero un teniente coronel que estaba al frente, que apenas era capaz de imponerse y los propios milicianos de El Pardo, consiguieron imponerse a los de Madrid y los frailes y niños fueron bajados a El Pardo. Los niños serían deportados a Valencia y Francia y los religiosos puestos en libertad el 25 de julio en Madrid.

Puestos en libertad cada fraile se dirigió a la casa que el P. Alejandro tenía previstas para un caso así. El estuvo en la calle Miguel Ángel en casa de una piadosa señora que tenía también albergadas a dos religiosas carmelitas. El primer día pudo celebrar misa y asistieron varios vecinos, pero se corrió la voz de que había un fraile escondido y ya no pudo celebrarse más días, viviendo entre zozobras y oraciones. El P. Alejandro intentó cambiarse de casa o ir a una pensión, pero no era fácil, sobre todo porque no tenía documentación ninguna. Pasaron varios días y el 15 de agosto los milicianos llamaron a la puerta pregun-



tando por el Superior de El Pardo. Se lo llevaron y ya no se supo más de él, hasta que, acabada la guerra, sus datos fueron encontrados en el registro y por los datos y la fotografía que los acompañaba con la boca muy destrozada, se localizó el cadáver. Treinta y cuatro años le habían bastado para dar su vida por Dios y dejar tras de sí el recuerdo de un esmerado profesor y un sacrificado padre.

== *P. Gregorio de la Mata*



El pueblo de La Mata de Monteaugudo bendecido por la Virgen de la Velilla, ha dado numerosas vocaciones sacerdotales y religiosas. Solamente de Capuchinos podemos recordar una larga lista:

Leandro Mariano Turienzo de Prado, Gregorio Quirino Diez del Blanco, Fulgencio Félix Turienzo de Prado, Faustino Francisco Diez del Blanco, Gabino Antonio Diez Turienzo, Raimundo David Tejerina Rodríguez, Antonino Eloy Clemente De Prado Álvarez, Francisco Julio Prado Hernández, Luis Constancio Reyero Turienzo, Serafín De Prado Reyero y Faustino Florencio Fernández Diez. Todos son prácticamente contemporáneos porque Leandro nace en 1883 y Faustino en 1900 y los apellidos se repiten porque los hay hermanos y primos. Tres fallecen prematuramente, pero vienen otros a relevarlos, tomando incluso el nombre religioso

del fallecido que es el que figura en primer lugar. Al poco de ingresar Quirino en los frailes en 1904, fallecía en Fuenterrabía Leandro sin llegar a ordenarse. A Quirino - a quien en adelante nombraremos por su nombre de capuchino P. Gregorio- le tocó enterrar el cadáver y tal vez comunicarlo a la familia, pero se ordenó en 1914, superando el difícil trance de la muerte de su hermano Francisco acaecida en Bilbao en 1911. El nombre religioso de éste -Faustino- lo heredaría Florencio fallecido en León en 1967 después de fecundo apostolado.

El P. Gregorio, pues, fue el primero en ordenarse de sacerdote juntamente con el P. Fulgencio, compañeros inseparables desde la preceptoría de Mogrovejo que cambiaron la sotana de seminarista por el hábito capuchino cuando en 1900 dos capuchinos predicaron en misión en La Virgen de La Velilla.

Ordenado de sacerdote fue destinado de profesor al seminario de El Pardo. Allí viviría prácticamente el resto de su vida con breves periodos en Roma y Bilbao por motivos de estudio y de salud. Esta no era muy robusta y padeció bastante del estómago durante los meses de prisionero cuando estaba privado de la leche de las vacas suizas que con tanto amor cuidaba en El Pardo el mártir navarro Fr. Gabriel de Aróstegui.

Sus 22 años de sacerdocio se pueden reducir, pues, a 22 años de clases a los futuros capuchinos, entre ellos algunos de los arriba mencionados. Le gustaba la Literatura y era la asignatura que con más gusto enseñaba. Hasta podemos decir que le gustaba escribir pues se conservan de él varios artículos de El Mensajero, colaborando con el Director de dicha revista con quien había coincidido en Roma y que también sería martirizado en la contienda: el P. Fernando de Santiago.

Casi podemos decir que era su destino el martirio. Con el P. Fernando estaba en Roma el P. Berardo de Visantóna que también sería martirizado en Gijón; otros cuatro de sus compañeros de El Pardo también fueron martirizados y sus restos reposan en la cripta de Jesús de Medinaceli junto al P. Fernando y demás religiosos mártires de esta comunidad, entre ellos otro “hijo” de la Virgen de la Velilla Fr. Aurelio de Ocejó. La Virgen guió siempre sus pasos pues en su fiesta del 8 de Septiembre se consagró capuchino y, juntamente con el condiscípulo y también profesor Cirilo de Urrestilla muerto en El Pardo con fama de santidad en 1925, inculcaban el amor a la Virgen en los seminaristas. El propio convento de El Pardo está dedicado a N^a S^a de Los Ángeles. Un tío de quien esto escribe que conoció a ambos por aquellos años me lo recordaba con añoranza y en recuerdo de ellos se apuntaba a todas las salves de las romerías marianas.



El 25 de Julio de 1936 se libró milagrosamente de la muerte, pero esta llegó un mes más tarde cuando, usando del nombre de Juan Bermúdez y barba y boina de minero, fue detenido en una pensión de la calle Covarrubias y en los interrogatorios de la checa confesó su condición de capuchino. Apenas 24 horas más tarde era fusilado en los terrenos del hipódromo de Madrid dando la absolución a todos sus compañeros de “viaje”. Su agonía se presume lenta pues cuando los milicianos estaban preparando la ejecución, pasaron unos aviones y, temiendo un bombardeo, dispararon precipitadamente y se alejaron a toda velocidad. De hecho, uno de los condenados se salvó y pudo contarnos los últimos momentos de la vida del P. Gregorio, a quien una bala atravesó la garganta y murió desangrándose. El 13 de Octubre en otra fiesta de la Virgen -Nuestra Señora de Fátima- subirá a los altares.

== P. Carlos de Alcubilla



Un sacerdote mecánico

Había nacido en este pueblo zamorano en 1902 recibiendo el nombre de Pablo Morillas Fernández y, como tenía un tío capuchino, siguió esa misma vocación con el nombre de Carlos y, una vez ordenado sacerdote en 1928, se embarcó para Venezuela con destino a la misión del Caroní, donde su tío ejercía de Superior. Pero su salud no era la misma, pues el P. Carlos ya desde estudiante padecía del estomago y le fue imposible adaptarse al fuerte calor tropical y regresó a España, mientras su tío Matías siguió en Venezuela y moriría años más tarde en Cuba.

Recuperado un tanto de su salud, fue enviado de profesor a El Pardo, donde no solamente daba clases, sino

que reparaba toda clase de muebles y aparatos. Era un manitas dispuesto siempre a reparar cualquier avería y a él acudían constantemente los demás religiosos. Su habilidad la mostró también eludiendo a los milicianos cuando asaltaron el convento en 1936. Saltando las tapias de la huerta logró llegar, monte a través, hasta Madrid donde fue acogido por una familia amiga que tenía una ferretería donde hacía sus compras y reparaba maquinaria. Allí consiguió documentación para él y para otros religiosos, pero la misma familia le aconsejó se trasladase a una finca que tenían en el Escorial porque en Madrid podían reconocerle los clientes que antes le habían visto de religioso.

Todo estaba bien preparado por esta buena familia, que incluso le hicieron un contrato de mantenimiento para que las cosas fueran bien. Y bien fueron hasta que otro empleado, viendo en él un comportamiento diferente al de otros obreros, le conminó a que blasfemase, a lo que el P. Carlos se negó confesando su fe en Dios. Bastó eso para ser denunciado y encarcelado, aunque poco a poco empezó a recobrar cierta libertad, pues todos acudían a él ante cualquier desperfecto. El P. Carlos era capaz de arreglarlo todo y su trato era sencillo y amable, por lo que era cada vez más querido incluso por los jefes de la Comandan-



cia militar del frente norte de Madrid, alojados en el Hotel Medina. La guardesa del Hotel incluso le lavaba la ropa.

El P. Carlos, sin embargo, no estaba contento. Por un lado le molestaba que en las fiestas de los milicianos le obligaran a tocar el piano y por otro, sabía que estaba cerca el frente del Alto del León. Pensó en la fuga y como tenía permiso para pasear por los alrededores de El Escorial, fue reconociendo el terreno y un día se decidió a intentarlo. Logró llegar muy cerca del ejército franquista, pero fue reconocido por un capitán y llevado primero al cuartel de Guadarrama y más tarde de nuevo a El Escorial. Esta vez el encarcelamiento fue más duro compartiendo estrecha celda con el joven Ladislao Grajal Cuesta. De haber

habido tiempo, quizá las cosas se hubieran suavizado como la vez anterior. Pero la situación de El Escorial era cada vez más comprometida por el avance el ejército enemigo, por lo que una noche le llamaron a un supuesto interrogatorio, pero en realidad para ser ejecutado. Le llevaron al sitio conocido como Cruz Verde y allí le maltrataron y asesinaron juntamente con una religiosa. Su cuerpo no ha podido ser localizado, pero su condición cristiana era muy patente para quienes quisieron acabar con él solo por ser sacerdote, respetando la vida del compañero de habitación de ideas políticas totalmente opuestas a la de los milicianos. La Iglesia también quiere reconocer públicamente el valor de su testimonio colocándole entre el inmenso número de bienaventurados.

Fr. Primitivo de Villamizar



Un fraile “madre”

Licinio Fontanil Medina nació en Villamizar (León) en 1884 y cerca de los 30 años inició su noviciado para capuchino en Montehano (Cantabria) y un año después fue destinado a El Pardo (Madrid) para cuidar de los niños que se

preparaban para capuchinos. Sumemos 21 años atendiendo a los seminaristas y llegamos al mes de julio de 1936 cuando fue detenido junto con los otros religiosos de El Pardo, llevado primero al Orfanato del Pueblo y luego a la Dirección General de Seguridad de Madrid, donde fue puesto en libertad. Casi un año escondido en Madrid y desaparecido el 19 de mayo de 1937. Era el último de tres hermanos y le tocó pasar su juventud atendiendo a su madre viuda pues sus hermanos mayores se habían casado. Se empleó en casa de un labrador más pudiente para poder ayudarla mejor. Así hasta que una nieta pudo hacerse cargo y, después de una peregrinación de toda la familia al vecino santuario de Nuestra Señora de Yecla, no volvió al pueblo, alegando asuntos a resolver en León. Se resolvieron con suma rapidez, pues se trataba de conseguir que los Capuchinos le admitieran y fue enviado para un tiempo de maduración de la vocación a Bilbao. Allí aprendió un oficio que había de practicar largamente en Madrid: el de recadista del convento. Cuando los superiores comprobaron la piedad, obediencia, humildad, laboriosidad y demás virtudes de Licinio, le destinaron a Montehano para que hiciera el noviciado cambiando el nombre de bautismo por el de Fr. Primitivo.

Su laboriosidad, prudencia y amabilidad hacían de él el candidato ideal para cuidar a los

niños seminaristas de El Pardo en todo aquello que superaba la parte espiritual y docente. Proporcionaba a los niños todo lo necesario: desde ropa, alimentos, juegos... y cuidaba de su salud en los casos más ordinarios, llevándoles al médico para los de mayor importancia. Para ello aprendió a conducir pues muchas veces tenía que desplazarse a Madrid. Y de paso hacía otros recados del convento e incluso del convento de Madrid. Siempre disponible a cualquier hora del día o de la noche era un gran servidor de los niños y de los religiosos.

El coche terminó siendo su perdición. Cuando el 25 de julio le dejaron libre en la Dirección General de Seguridad, se refugió en casa de una antigua amiga de infancia que residía en Madrid y a la cual visitaba de vez en cuando aprovechando sus viajes a Madrid. Por ello, fue reconocido pocos días después por las vecinas, y en previsión de un posible registro y detención, abandonó aquella vivienda donde tan amablemente había sido acogido. Al fin y al cabo, no eran tantos los coches que por entonces circulaban por Madrid. Se fue en casa de su sobrina Bernarda, la que se había encargado de su madre cuando él se fue al convento. Una vez muerta la madre, Fr. Primitivo, agradecido, la ayudó a colocarse en Madrid, donde se había casado. Allí le proporcionaron documentación de la CNT para que estuviera más seguro.

Se sentía bien haciendo el bien y su única preocupación era la suerte de sus niños seminaristas a quienes había dejado en el orfanato de El Pardo y que, sin él saberlo, habían sido trasladados a Valencia y a Francia. Pasaron los meses hasta que un miliciano conductor le reconoció. Le obligó a subir a su coche y las únicas noticias que tenemos fueron unas enigmáticas palabras de un comité de la CNT al que acudió su sobrina: “Le hemos puesto en libertad”. Sus restos estarán ilocalizables en cualquier fosa común.

Fr. Gabriel de Arostegui



Lorenzo Iñarregui Goñi nació el 10 de agosto de 1880 y recibió el nombre del santo del día. Su familia era pobre y vivían como arrendatarios. En Arostegui ni siquiera había escuela y Lorenzo tenía que ir todos los días a Egurá, andando de prisa los dos kilómetros de distancia, sobre todo

a la vuelta para ayudar en casa. A los catorce años, empezó a trabajar en casa ajena, como San Félix de Cantalicio o San Pascual Baylón. Con éste coincide en que sus amos, sin hijos, pensaran en adoptarlo para que les heredase. En el caso de Lorenzo, sus amos de Erice fueron más lejos: le buscaron una joven hija única de familia bien acomodada para que contrajera matrimonio. Así se lo manifestaron a Lorenzo que no dijo nada, pero a los pocos días desapareció y semanas más tarde recibieron noticias de él desde el convento capuchino de Bilbao. No quiso quedarse por Navarra para no sufrir presiones de volver.

Tan llamativa les pareció a los frailes la aventura que no lo admitieron de inmediato al noviciado, sino que lo sometieron a un largo periodo de prueba en El Pardo para confirmar su vocación. A Lorenzo esto le importó poco. Estaba donde quería y no puso reparos a su condición legal. Su virtud desactivó todos los temores y comenzó su noviciado en Montehermoso en 1910. Era un mero trámite porque para él la oración y el trabajo llenaban su vida. Si trabajando en el campo se las arreglaba para rezar todas las noches el rosario en la parroquia y ensayar para cantar el domingo en la misa, ahora sus ratos de oración estaban más a mano y eran más abundantes. En cuanto a su

pobreza estaba acostumbrado a entregar a su madre viuda toda su soldada, por lo que sus diversiones eran los partidos de pelota o las partidas de mus en casas particulares, evitando los gastos de la taberna.

Una vez profeso, volvió a El Pardo a rezarle al Cristo y a cuidar a sus vacas suizas para que aquellos pequeños seminaristas que acababan de establecerse en El Pardo con ganas de ser capuchinos estuvieran bien alimentados. Que no lo abandonaran por hambre o por enfermedad. De eso se encargaba él con su trabajo a destajo en la huerta cultivando toda clase de hortalizas y legumbres y con sus prolongadas viglias de oración y penitencia.

Fue un hombre de Dios y permaneció fiel hasta el último momento. Cuando el asalto del convento intentó huir por el monte saltando la tapia. Fue descubierto y corrió la misma suerte que los otros religiosos en el orfanato de El Pardo y en la Dirección General de Seguridad. Puesto en libertad, no quiso comprometer a la familia que le había acogido y regresó a El Pardo, confiando ser ayudado por alguna familia a la que él había ayudado o por los mismos Guardias del Monte a quienes había proporcionado abundantes semillas y hortalizas. Pero todos tenían miedo a que le descubrieran y a Fr. Lorenzo no le quedó más remedio que refugiarse en el monte, donde fue descubierto pocos días después hambriento y extenuado.

Conducido al convento volvió a cuidar a sus vacas, pero siempre en medio de amenazas y burlas –que si no blasfemaba le matarían, que tenía que casarse con una miliciana– y con el cañón del fusil siempre apuntándole.

Hasta que una noche fue sacado del comedor mientras cenaba, le hicieron cruzar por el Colegio y cuando salía por la puerta hacia el patio de recreo de los seminaristas, tres balas acabaron con su vida.

== D. Norberto Cembranos



En la noche del 29 de diciembre de 1936 estaban terminando de rezar el Rosario cuando percibieron el ruido de unos coches que se acercaban al solitario caserío de Escalante (Cantabria). Pocos instantes después se llevaron al

P. Miguel y a Fr. Diego que fusilaron aquella misma noche. La noche del 30 tocó el turno al hermano Bonifacio Fernández que se encontraba en el pueblo de Cicero. Le obligaron a subir al coche con pretexto de trasladarle a Escalante donde debía prestar urgente declaración. En el trayecto le hicieron bajar del auto y caminar delante de ellos. Le descerrajaron un tiro en la nuca, que le derribó a tierra. Inmediatamente otro le atravesaba la cara a la altura del cielo de la boca. Los criminales subieron al coche y se largaron musitando: “Este ya tiene bastante”. Pero el presunto muerto se reanimó, pudo incorporarse y desangrándose llegó a la casa de donde le habían sacado. No tuvo tanta suerte Norberto Cembranos. Ambos eran de pueblos leoneses relativamente próximos: Bonifacio de Quintanilla, Norberto de Villalquite. Ambos sintieron la llamada de Dios, pero no se atrevieron a dar el sí completo. Prefirieron vivir con los frailes, sin ser frailes. Hacían la misma vida que los frailes, pero les asustaban los votos consecratorios.

Bonifacio vivía en Montehano (Cantabria) y con un carro tirado por un caballo, recorría los pueblos inmediatos al

convento haciendo los recados y en ocasiones trasladando a los frailes a predicar. Norberto estaba destinado en el seminario de El Pardo y lo mismo ayudaba a Fr. Primitivo en el Colegio que a Fr. Gabriel en la huerta. Ambos fueron asesinados. El silencio, el servicio y la oración eran su vida. Fue detenido como fraile y liberado días después, al igual que toda la comunidad de El Pardo. Buscó refugio en una pensión en compañía del anciano capuchino Fr. Crispín de Urneta. En uno de esos registros rutinarios que realizaban los milicianos, fueron detenidos ambos. Fr. Crispín fue liberado a los dos días por decir la verdad, ya que confesó que era fraile. Norberto afirmaba que no lo era y, creyendo que les engañaba, le condenaron a muerte.

Nada sabemos ni cuándo ni dónde. Su cadáver no se ha encontrado. Quien se sintió indigno de ser sacerdote y se conformó con un humilde puesto de servidor de la Comunidad y el Colegio de El Pardo, lo siguió haciendo en la pensión donde se refugió, no solo cuidando al anciano Fr. Crispín, sino saliendo a hacer recados para otros religiosos ocultos y aún a las colas para buscar alimentos para la pensión donde se hospedaban. Lo suyo era servir y atender a los demás. El día anterior a su arresto, había tenido la suerte de que un religioso capuchino le visitara para confesarle y darle la comunión. Vivía como otro fraile más. Así lo han reconocido los Capuchinos promocionando su martirio como si fuera un religioso y ahora lo reconoce la Iglesia, elevándole a la gloria de la beatificación.



Este es el Seminario Seráfico de El Pardo (Madrid), en donde la mayoría de los mártires se formaron, y al cual dedicaron años de su vida.

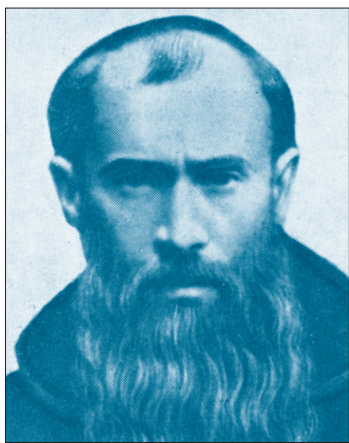


Este es el Colegio de Montehano (Cantabria) en donde la mayoría de estos futuros beatos realizaron los cursos de Filosofía...



Grupo de próximos beatos de la Fraternidad de Gijón.

== P. Berardo de Visantoña



Formador de capuchinos y animador de misioneros

Enorme gentío, blasfemante, sanguinario, presenciaba la saca. Un grupo de religiosos salía rezando camino de la muerte y subía a las camionetas sin levantar los ojos del suelo. Cinco de ellos eran capuchinos. Al caer junto a las tapias del cementerio, taladrados por las balas, su postrer grito fue Viva Cristo Rey. Y sus últimas palabras a los asesinos “Os perdonamos” que, según confesión de uno de ellos, continuaron repitiendo hasta morir, también cuando heridos de muerte, yacían en el suelo sobre el manto purpúreo de su sangre. Así murieron el P. Berardo de Visantoña, ex provincial, el P. Arcángel de Valdavida, religioso casi ciego, el P. Ildelfonso de Armellada y los Her-

manos Fr. Alejo de Terradillos y Eusebio de Saludes.

Así describe el P. Conancio de Aldeaseca, que también fue perseguido, la muerte de estos cinco capuchinos, de los que hablaremos a continuación. Ahora nos toca hacerlo del P. Berardo de Visantoña, nacido en la Provincia de La Coruña que a sus 22 años dejaba el Seminario de Lugo para hacerse capuchino en Bilbao en 1901. Termina sus estudios eclesiásticos brillantemente en León, es ordenado sacerdote y destinado a Roma para doctorarse en Derecho en la Universidad Gregoriana.

Vuelto a España empieza su docencia, primero en el seminario de El Pardo, luego enseña Filosofía en Bilbao y en 1916 ya es elegido Consejero Provincial y profesor y director del Colegio de Teología en León. Tres años más tarde es elegido Superior Provincial de Castilla, vuelve a la docencia primero en León, después en El Pardo con el cargo, además de Director y superior de Montehano en 1928. Un año después era destinado a Gijón donde permaneció siete años antes de la muerte el 14 de Agosto de 1936 ejerciendo el apostolado del confesonario juntamente con el P. Arcángel y extendiéndolo a muchas comunidades religiosas femeninas.

Tenía 58 años y había sido una vida fecunda para la Provincia. Por un lado se había dado de lleno a la enseñanza. Recién llegado de Roma se dedicó a hacer apuntes personalizados de sus asignaturas para cada uno de sus alumnos que luego se conservaron como libro de texto unos años. Y lo mismo hizo en los Colegios de Filosofía y Teología por los que pasó. Quería tener las mejores bases para que sus alumnos aprovecharan al máximo los estudios. Ya de Provincial, reunió a los profesores para que intercambiaran experiencias y métodos y así poder transmitir los conocimientos con la mayor garantía y eficiencia posibles.

Cuando fue elegido provincial, la Provincia de Castilla llevaba años intentando tener una zona de misión viva en Venezuela. Desde 1891 estaban haciendo gestiones sin conseguir otra cosa que establecerse en algunas ciudades. El P. Berardo envió allá como delegado personal a un hombre de la experiencia y entrega del P. Félix de Vegamian que recorrió todos los caminos y llamó a todas las puertas hasta conseguir vencer la resistencia del gobierno y firmar un contrato que entregaba la zona del Oriente venezolano, poblada por indígenas waraos y pemones, a la atención de los capuchinos. El P. Berardo seleccionó los mejores



misioneros para esa zona -uno de ellos el P. Arcángel- envió nuevas expediciones de refuerzo para las residencias antiguas de Cuba, Puerto Rico y Venezuela y confirmó como superior al P. Félix para que consolidara la obra incoada. Como resultado, aquel Vicariato siguió creciendo y en 1954 se dividía en dos, bien dotado de personal y asentado en sitios estratégicos.

Su espiga estaba madura para la siega. Quizá su muerte no se hubiera producido si la Guardia Civil no hubiera tomado primero el convento para disparar desde la azotea. Cuando lo abandonaron, las iras recayeron sobre los inermes frailes. El P. Berardo intentó poner a salvo a todos los religiosos pero los acontecimientos se precipitaron. En el asalto al convento y en las cárceles siempre dio la cara por sus compañeros. Los bombardeos de la ciudad dictaron sentencia en un juicio nunca celebrado.

== *P. Arcángel de Valdavida*



Cuando en 1954 fue introducida su causa en Roma, un hermano de hábito, suizo, se entusiasmó para escribir su vida en forma de obra de teatro y representarla en Suiza y Alemania. Era la vida edificante y ejemplar amasada en la sencillez de un niño al que su madre le pide que meta un pollo en agua fría para que se le pase la fiebre y el niño lo mantiene sumergido hasta que fallece ahogado y se le acaba la fiebre. Alma sencilla no sabe darse a medias y se entrega como capuchino, misionero y, cuando la vista no le acompaña, como confesor. Estallada ya la guerra, una de sus penitentes quiso llevarle a su casa para que se escondiera y el P. Arcángel se negó, señalándole la fila que le quedaba para confesar. Nacido en pueblo de preceptoría donde hizo sus estudios con vistas al sacerdocio, optó

por los capuchinos y al poco tiempo de ordenado, voló a las misiones actuando en Puerto Rico, Cuba y sobre todo en Venezuela. Fue fundador de la residencia de Cumana y del Vicariato de Caroní cuyo territorio había explorado el año anterior.

Su llegada a Tucupita, primer centro misional no fue nada fácil, con todo y estar en la órbita de Nuestra Señora del Valle, patrona del Oriente venezolano y cuyo santuario se encuentra en la isla de Margarita que fácilmente visitaría el P. Arcángel desde la cercana Cumana. Los fundadores de Tucupita, población netamente criolla, eran margariteños pero su presencia allí obedecía a razones comerciales y la devoción a la Virgen quedaba para apuros o para festejos. Las primeras eucaristías y las labores de catequesis eran desoladoras: Después de seis meses solo pudo lograr que un anciano y un niño hicieran la primera comunión. Otro leonés, Fr. Saturnino de Bustillo que le acompañaba, tuvo que consolarle y animarle muchas veces, tanto más cuanto enseguida aparecieron las fiebres del paludismo que le obligaron a retirarse a Caracas.

Medio repuesto, su alma de misionero le llevó al otro extremo de Venezuela en la frontera colombiana. En un Machiques que apenas pasaba de los mil habitantes, el P. Arcángel hizo una gran labor parroquial mien-

tras las fiebres se lo permitieron. De nuevo a Caracas y, tras los meses de convalecencia, a Cumana, ya conocida por él, pero la enfermedad en especial problemas de vista, imposibilitaron su ministerio y otra vez a Caracas, pero esta nueva visita a la capital solo serviría de puente para el regreso a España y tras unos meses de aclimatación en su tierra de León, con tiempo

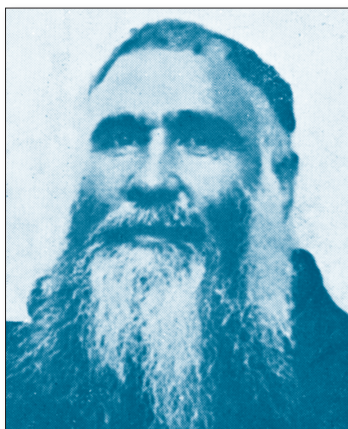
para visitar a su familia y a su Virgen de Yecla, fue destinado a Gijón, sin apenas otro ministerio que el confesonario. Era lo que su vista le permitía y lo hacía con verdadera entrega y aceptación. Muchas almas recibieron sus consejos y su absolución. Las últimas las de la Iglesia de san José de Gijón donde se hallaba un gran número de detenidos que en la mañana del 4 de agosto de 1936 fueron llevados al cementerio de Jove y allí fusilados. Alguien pidió que un sacerdote diera la absolución y resonó la voz del P. Arcángel: Rezad el acto de contrición y yo os perdono: Ego vos absolvo, fueron sus últimas palabras en la prisión continuadas en el trayecto con el rezo del Rosario. A él le tenían que sostener para subir y bajar a la camioneta y él sostenía a los demás para entrar en el reino de los cielos.



El 13 de septiembre de 1964 se colocaba una lápida a la puerta de la Iglesia del pueblo en recuerdo del mártir allí nacido y allí crecido. Allí estaba su hermano; a Tarragona acudirán otros familiares; ellos y todos sus paisanos serán convocados por el mismo párroco D. Tomás Fernández que en 1964 le parecía poco aquella sencilla placa. El P. Arcángel merecía estar, no a la puerta de la

Iglesia, sino en los altares de la misma a los que miraba en sus años de monaguillo. Su vida había rondado siempre el ara del sacrificio: en Veguita, barrio de la ciudad cubana de Bayamo, le profanaron la capilla, en el viaje explorador de la Guayana venezolana había arrostrado toda clase de peligros, enfermado de un crónico paludismo, en Tucupita había gustado las hieles de la indiferencia, en 1931 la revolución de Asturias le dio el primer aviso pudiendo refugiarse en una casa cuya dueña estaba de cuerpo presente; las estaciones del Calvario las recorrió en las Iglesias de las Jesuitas y san José de Gijón convertidas en cárceles. Gracias a Dios no le faltaron a él y a sus otros compañeros “verónicas” que les llevaban ropas y alimentos. Su sacrificio le llevara a los altares el próximo 13 de octubre en Tarragona.

== *P. Idelfondo de Armellada*



Lo normal es que el capuchino que siente la llamada sacerdotal, después de su profesión como religioso, realice los estudios correspondientes. El P. Idelfonso lo hizo al revés: primero fue sacerdote y estuvo ejerciendo el ministerio en Villaquejida (León) y dos años después se hizo capuchino, como lo habían hecho por entonces otros varios sacerdotes de la diócesis de Astorga, buscando una vida de mayor perfección que en el caso del P. Idelfonso, exteriorizaba su bien poblada y generosa barba. Su ingreso en los Capuchinos en 1902 fue con todas las consecuencias cambiando de nombre, y siguiendo todo el proceso formativo, repitiendo incluso estudios, a pesar de que antes de ordenarse había estudiado incluso en la Universidad de Salamanca.

Había nacido en el pueblo de Armellada de Órbigo (León) y por él volvería unas cuantas veces en correrías apostólicas, porque esta era la faceta que más le gustaba al P. Idelfonso. Fue profesor en los seminarios de Fuenterrabía, Montehano y El Pardo, sobre todo de Latín que dominaba admirablemente y Superior de varios conventos, pero lo que más le gustaba era la predicación y la ejerció con asiduidad en las comarcas de Cáceres, Salamanca, León y Asturias, acompañando a famosos misioneros populares como los PP. Villarrín o Anselmo de Jalón. Su vibrante voz resonaba en los pulpitos y en las almas, especialmente en las preceptorías: de una de ellas había salido él para el seminario de Astorga y, por ello, acostumbrada a visitar las inmediatas a sus lugares de predicación buscando vocaciones para los capuchinos. La confesión era la continuación de la predicación. Largas sesiones después de los sermones por los pueblos y selecto cultivo de almas en los conventos donde vivía.

Terminó sus días en Gijón a donde había llegado en 1934 desde Vigo y no dejó nunca la predicación. Ésta, a punto estuvo de librarle de la muerte pues pocos días antes de la revolución se encontraba en León ejerciendo su ministerio y, como ya se veía por donde venían los tiros, le insta-

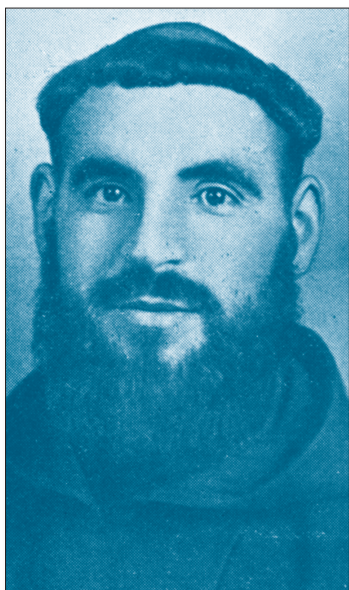
ron a quedarse en su tierra como lugar más seguro para su vida. Prefirió regresar a Asturias y allí le sorprendió la revolución y la muerte. Fue de los últimos en abandonar el convento y lo hizo todavía con hábito y con barba escoltado por los milicianos. Ya en la cárcel, se vio obligado a desprenderse del hábito y recortar la barba.

Su destino final vino precedido de casualidades extrañas. Primero el convento fue asaltado por los guardias civiles para proteger el área desde la azotea. Cuando lo vieron imposible, abandonaron el convento dejándolo a merced de los milicianos que creyeron cómplices a los frailes. Los que pudieron refugiarse en casas particulares se salvaron, pero los que quedaron en el convento, pagaron con su vida el delito de haber sido ocupado a la fuerza su convento por la Guardia Civil. Un mes escaso de prisión en las Iglesias de los Jesuítas y de san José, donde brillaron la abnegación y celo de los capuchinos detenidos y la presencia permanente de personas amigas que les llevaban ropa y comida. El odio y la guerra pudieron mas y el catorce de agosto eran fusilados en las tapias del cementerio, pronunciando palabras de fe y de perdón.



El P. Ildelfonso contaba 72 años entregados a Jesucristo desde su niñez. Esta estuvo marcada por sus aficiones infantiles -la pesca-, los estudios y las tareas agrícolas pues ayudaba a sus padres en los cultivos y en el cuidado del ganado cuando se lo permitían los estudios. Dios le llamó a darse por entero: de niño pensó que era el sacerdocio; después buscó mayor perfección en los Capuchinos y en una vida muy sacrificada de ministerio ambulante. Dios le llamó a dar también su sangre como testimonio supremo y lo hizo con generosidad. Sus alumnos en el seminario, sus oyentes en la predicación y sus penitentes en el confesonario, sabían que pedía el máximo para Jesucristo. El fue por delante siempre.

P. Domitilo de Ayoó



El movimiento sorprendió al P. Domitilo de Ayoó predicando en el pueblo asturiano de Boincines. Denunciado por unas jóvenes de este pueblo al comité de Candas, fue detenido en la madrugada del 3 de agosto y llevado a la Iglesia de Candas, convertida en cárcel. Le llevaron como estaba, vestido con el santo hábito que se resistió a dejar: “Prefiero, decía, que me maten así, antes que quitarme el hábito que llevo desde los diez años. En la noche del 6 de septiembre fue sacado de la cárcel, a eso de la una, en compañía de otros 23 hermanos de cautiverio. Atadas las manos atrás y sujetos fuertemente por la cintura con grue-

sa cuerda los echaron a una camioneta cerrada, de las que usan empresas pescaderas para el transporte del pescado. Después de cuatro horas de viaje, hechos un río de sudor, medio asfixiados, llegaron a Peón (Villaviciosa). El vehículo se detuvo a la puerta del cementerio. Y dice el enterrador: “entraron dentro algunos milicianos y luego los presos, según órdenes recibidas, comenzaron a bajar uno a uno. Al pasar el dintel de la puerta del cementerio, recibían la descarga traidora y criminal, todos con los mismos gritos: Viva Cristo Rey, Viva España”. El P. Domitilo, cerca de la portezuela de la camioneta absolvió según iban bajando a los 22 que le precedieron. Cuando le tocó el turno se volvió al guardia civil, a quien habían reservado el honor del postrer lugar y le dio su última absolución sacramental. En seguida bajo y una descarga cerrada segó aquella vida en plena primavera de 29 años.

Es la crónica final de una vida corta pero intensa que había comenzado en el pueblo zamorano de Ayoó de Vidriales en 1907 y que a los once años fue trasplantada al seminario capuchino de El Pardo, donde vivió feliz, acumulando virtudes, ciencia y simpatía. Era un animador nato y esa cualidad la conservó en los sucesivos compromisos que fue adquiriendo: primero

como fraile capuchino haciendo los votos en Bilbao en 1924 y luego como estudiante de Filosofía y teología hasta llegar a ordenarse de sacerdote en León en 1931.

Ya sacerdote, desarrolló todas sus dotes en la predicación que se le daba de maravilla, pues a su simpatía natural añadía una buena preparación, cualidades para la oratoria y una hermosa voz. Montehano (Cantabria) y los pueblos cercanos a aquel convento fue su estreno, que lleva-

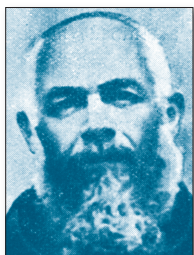
ba adosada la repetición, pues empezaron a lloverle los compromisos de toda clase de predicación, desde las homilías más sencillas hasta las misiones más comprometidas. Su fama no se correspondía con su corta experiencia. Y lo mismo vino a acontecer en Asturias, pues en el verano de 1934 fue trasladado a Gijón, donde inmediatamente empezó a crecer la demanda y su radio de acción. Con el P. Ildelfonso de Armeñada formaba un formidable tandem para las misiones y él solo se las arreglaba para el resto de variantes de la predicación.

Así fue como le sorprendió la guerra fuera del convento. Con naturalidad y optimismo llevó las pri-



meras restricciones de desplazamientos y la imposibilidad de volver a Gijón. El ajuar del predicador capuchino de entonces era mínimo y con eso se fue arreglando primero en una casa particular que le acogió y luego en la Iglesia de Candas que hacía de cárcel. Cuando le obligaron a dejar el hábito, le tuvieron que prestar un mono de obrero. Y lo llevaba con garbo porque él era un obrero de la viña del Señor. Como todos sabían que era sacerdote siguió ejerciendo y dando ánimos a todos, incluso a los pocos que le visitaban para llevarle algún alimento o la ropa lavada. Vivió siempre alegre en el Señor y murió actuando de ministro de Cristo.

Fr. Alejo de Terradillos



“**A**nden Ustedes a prisa en el proceso porque yo quiero ir a Roma y ya tengo el vestido y preparado el dinero” dijo Bernardina, hermana de Fr. Alejo, cuando acudió a Oviedo a

testificar en el proceso de beatificación alla por 1954. No pudo verlo pues las cosas de palacio van despacio. Pero ya ha llegado la hora de la beatificación de este buen capuchino nacido en 1874 en la localidad palentina de Terradillos y que, alrededor de los 30 años, abandonaba las tareas agrícolas de su pueblo y llamaba a las puertas del convento de León para hacerse religioso. Meses más tarde en Bilbao, Basilio González Herrero deja paso a Fr. Alejo de Terradillos que primero en Bilbao, después en Montehano, La Coruña, León y finalmente en Gijón dio muestras de verdadero capuchino. Sus virtudes más características son la oración, la pobreza y la penitencia. A ellas hay que añadir una permanente sonrisa que no le abandonó ni en la cárcel, según testimonio de las personas que acudían a llevar comida y ropa a los capuchinos. Fue cocinero, portero, sastre, hortelano, limosnero y enfermero; no tenía preferencias y se atenía a lo que el superior le indicara y a veces le tocó encargarse de todo, pues estaba él solo para acompañar a los sacerdotes como sucedió en los primeros años de la fundación de La Coruña en 1919.

La presencia de Dios en su vida no solo aparecía en aquella pacífica sonrisa. La descubrían los fieles cuando Fr. Alejo dirigía rosarios, viacrucis y novenas; la descubría el médico cuando comprobaba su cuer-

po completamente macerado por las disciplinas. Por eso todos le buscaban: los novicios porque se sentían bien a su lado; los enfermos porque les atendía como nadie; los frailes que le reclamaban en sus conventos. Por ello los superiores siempre le colocaron en puestos delicados y difíciles: en los noviciados de Bilbao y Montehano; con los estudiantes de Montehano y León; en La Coruña donde había una nueva fundación con lo que eso trae de complejidad hasta que se normalizan las cosas; allí las dificultades aumentaron cuando el convento fue incendiado en una revuelta callejera en 1931. La muerte llegó porque tenía que llegar, fruto de varias circunstancias que se entrecruzaron inexorablemente. En Gijón Fr. Alejo era el portero del convento y como tal, en la madrugada del 20 de julio tuvo que abrir la puerta a la Guardia Civil que a la fuerza se apoderaron del convento para disparar desde la azotea. Nadie les veía y lo más natural era que los milicianos pensarán que eran los frailes los que disparaban. En las primeras horas del día siguiente se retiraron y los frailes quedaron a merced de la multitud que invadieron el convento y se llevaron a los frailes. Fr. Alejo y otros dos fueron cacheados e interrogados en la panadería de al lado y allí les dejaron un rato mientras los milicianos cumplían otra orden. Con un pan en la mano salió uno de ellos y así pudo salvarse. Fr. Alejo y Fr. Eusebio no se atrevieron y cuando volvieron los milicianos les llevaron presos. El 14 de agosto apareció la aviación franquista y saltaron todas las alarmas. Los presos fueron llevados en tres camionetas al Cementerio de Jove y fusilados. Los restos de Fr. Alejo no han podido ser identificados. No hace falta. Fr. Alejo descansa en la paz del Señor, cuya presencia delataba contantemente su sonrisa.

== *Fr. Eusebio de Saludes*



Por una providencial coincidencia fueron a encontrar la muerte en las mismas circunstancias del martirio Fr. Alejo de Terradillos y Fr. Eusebio de Saludes. Ambos habían coincidido en el noviciado de Bilbao en 1907 y volvieron a coincidir al final de sus días en La Coruña y Gijón. Fr. Alejo, hombre fornido e incansable, cuidaba de Fr. Eusebio a quien la enfermedad le impidió cumplir plenamente sus sueños de misionero.

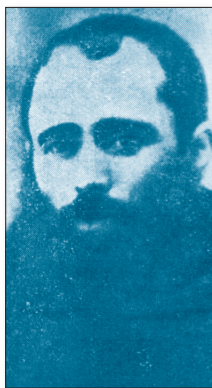
Fr. Eusebio fue bautizado en Saludes como Ezequiel Prieto Otero en febrero de 1885 y a los 20 años ya estaba en Bilbao preparándose para religioso. Su vocación llegó pronto, ayudado por un pariente que estuvo varios meses con los frailes y tuvo que dejarlo por enfermo. Antes de irse al convento, Fr. Eusebio había sido modelo de estudiante y de cristiano. En la Escuela, el Maestro contaba con él para ayudarle con los más pequeños. Leía mucho y cuando le dijo a su padre que quería irse a los Capuchinos, su padre, rico labrador que regaló una imagen de san José al pueblo, se lamentaba de que no se lo hubiera dicho antes para pagarle los estudios sacerdotales. Pero él prefería ser hermano no clérigo para servir humildemente al Señor como camino más seguro para salvar su alma.

Su primer destino como capuchino fue San Martín de Trevejo (Cáceres) y allí ejerció de cocinero, aprendiendo a preparar las aceitunas y otros productos agrícolas que traía el santo limosnero Fr. Melquíades. En Cuba le tocaría preparar

tortas de maíz y platos que no se conocían en España. Los Capuchinos cerraron el convento de San Martín en 1915 y Fr. Eusebio pasó sucesivamente por León y Vigo hasta que en 1919 los superiores le destinaron a misiones, extenso campo que cada día reclamaba más personal. Efectivamente, al llegar Fr. Eusebio a Cuba, se abrió una nueva casa en la ciudad de Cruces donde vivió Fr. Eusebio los nueve años que le permitió su salud. Se sentía bien allí realizando las labores domésticas y recorriendo barrios y poblados para dar catecismo. Pudo ser apóstol de Cuba, pero su delicada salud no se lo permitió regresando a España en abril de 1927 y repartiendo los siguientes siete años entre Vigo, Ribadeo, La Coruña y Gijón.

Cuando Fr. Eusebio andaba dándole vueltas a su vocación y el amigo que había tenido que salir de los capuchinos por enfermo le decía que era una vida muy dura y austera, respondió con ánimo resuelto: “Aunque me hagan sacar piedra de un pozo, yo me voy. Y si hace falta ir al martirio, voy al martirio”. Y al martirio fue o le llevaron. Porque estaba tan enfermo que pasaba la mayor parte del día acostado y cuando fue asaltado el convento el 21 de julio y los religiosos se habían refugiado en el sótano, Fr. Eusebio estaba tendido en un jergón. En la Iglesia de los Jesuítas, dormía en la sacristía, que hacía de enfermería. Su delicado estado de salud no fue óbice para que acabaran con su vida. La consigna era matar a todos los religiosos. Y a los cincuenta años Fr. Eusebio, la víspera de la Asunción fue a celebrar la fiesta con la Virgen, cuyo libro “Las Glorias de María” había alimentado su piedad juvenil.

Fr. Eustaquio de Villalquite



Ventisiete años tenía Bernardo

Cembranos Nistal cuando decidió dejar su pueblo de Villalquite (León) para seguir las huellas de sus hermanos Fructuoso y Ezequiel que habían tomado el hábito

capuchino tiempo atrás y ya estaban de misioneros por Puerto Rico y Cuba. En el noviciado recibió el nombre de Fr. Eustaquio

Era el menor de 10 hermanos, donde además de los dos capuchinos ya mencionados, hubo un carmelita y una concepcionista. Bernardo quiso ser sacerdote, pero en su pasantía por la preceptoría de Villamuñío, se dio cuenta de que el latín no era para él. Continuó ayudando a su padre en las tareas agrícolas y en la cantina que regentaba, pero, cuando le tocó el servicio militar en Santoña, se acercaba en los ratos libres al convento de Montecano y allí descubrió cuál era su vocación. Capuchino de cuerpo entero. Ciertamente su cuerpo no era grande, pero su espíritu sí. No había ratos libres para él, porque si no estaba trabajando en la cocina o la huerta, estaba rezando. En su pueblo ya no asistía a los fiestas de los jóvenes; durante el servicio militar se andaba

más de dos kilómetros en sus días libres para rezar en la Iglesia de Montecano y no le parecía bien perder el tiempo ociosamente siendo religioso.

Por ser de escasa estatura, Fr. Eustaquio era conocido en Gijón como “El cocinerín”. El 21 de julio fue detenido viviendo días amargos con los otros capuchinos detenidos hasta el día 14 de agosto cuando fueron fusilados la mayoría. Fr. Eustaquio de Villalquite se salvó aquel día y le tocó participar en los trabajos forzados con los otros presos que iban a desescombrar el cuartel de Simancas. Pero él tenía claro que su destino era el martirio. Ya en la primavera no quería sembrar hortalizas en la huerta. Lo hizo por obediencia pero afirmando: “Las plantaré, pero no sé si nosotros las recogeremos”. Después de la muerte de sus hermanos capuchinos, un día le llamaron los milicianos para afeitarle. Sus compañeros le decían que era porque le iban a poner de cocinero y él, señalando la garganta, respondió: “Pronto me afeitarán”. Los mismos milicianos reconocían que era sencillo, inofensivo, “no hacía más que rezar”, pero no obstante le aborrecían e insultaban. Le acusaron de haber disparado con ametralladora desde la terraza del convento “contra el pueblo” y por este delito, a todas luces falso, fue fusilado a finales del mes de agosto. Su cuerpo reposa, mezclado con los héroes de Simancas, sacrificados el mismo día.



Grupo de los mártires y futuros beatos de Santander y Montehano.

== P. Ambrosio de Santibáñez



Condenado por tener cara de cura

De la comunidad de Santander, compuesta por seis religiosos, pereció el Superior P. Ambrosio de Santibáñez. Agentes de Neila le detuvieron el 14 de noviembre del 36. Conducido a la checa del “verdugo de la Montaña”, pasó a la prisión provincial y de aquí al barcoprisión Alfonso Pérez. Ejerció con gran caridad y celo el ministerio sacerdotal entre sus compañeros de bodega. El 27 de diciembre fue fusilado con otros doscientos. -¿Motivos?- “Tu tienes cara de cura”, le dijo uno de los forajidos, que paseaba por la bodega buscando víctimas para asesinar en cubierta. El P. Ambrosio no lo negó y por eso lo mataron. El dos de agosto otros dos religiosos escaparon milagrosamente de las

manos de la FAI, que les había tendido un lazo para asesinarles aquella noche. Por entonces los religiosos ya habían abandonado el convento y solo volvían a las horas de culto. Ese día había mucho por ganarse la indulgencia de la Porciúncula.

El P. Ambrosio todavía celebró misa al día siguiente y cerró el convento, en buena hora porque poco después fue incendiado. Los enseres del convento y objetos de culto humearon durante varios días en la huerta del convento. De la casa de Santander sólo quedan los cimientos que fueron demolidos por conveniencias de la futura urbanización. Durante varios meses el P. Ambrosio vivió escondido en diversas casas, llevando una vida intensa de oración y estudio. A mediados de noviembre fue detenido y en el Alfonso Pérez actuaba de incógnito de capellán celebrando novenas y rosarios en la clandestinidad y hasta la Navidad. Dos días después moría asesinado, junto a otros doscientos.

El P. Ambrosio vino a morir en Santander después de una vida intensa que había dado comienzo en el pueblo leonés de Santibáñez de la Isla en 1888 donde hizo sus primeros estudios y donde nació su vocación a la sombra del altar pues se desempeñaba como monaguillo y sacristán. Por su cuenta estudió latín de modo que al ingresar en los Ca-

puchinos en Bilbao en 1905 le fueron convalidados dos años. Siempre fue un excelente estudiante y por afición se dedicó a estudiar especialmente a san Buenaventura y san Agustín. Ordenado de sacerdote en 1915 fue destinado a Montehano donde pasó seis años dedicados a la predicación que continuó en La Coruña y León hasta que en 1926 se decidió a pedir destino para el Vicariato Apostólico del Caroní (Venezuela) a donde llegó en octubre de 1926 en compañía del P. Maxi-



mino y los hermanos Patricio y Camilo. Sus compañeros fueron destinados a la avanzada misionera y el hermano Patricio murió pronto, víctima del paludismo. El P. Ambrosio fue nombrado secretario del P. Crisóstomo, superior de la Misión con mucha relación con el P. Ambrosio por haber sido condiscípulos y luego su vicepostulador. Al cesar el P. Crisóstomo de superior, el P. Ambrosio fue reclamado en España. Tuvo tiempo de ayudar a sus compañeros de Caracas y Maracaibo antes de embarcarse de regreso y volvió a dedicarse intensamente a la predicación ahora en Santander.

Su actividad apostólica por los pueblos fue disminuyendo poco a poco, pues en Santander fue nombrado primero vicario y luego superior. Durante este tiempo escribió

varios artículos en El Mensajero dedicándose especialmente al culto de la Iglesia y a la atención de los religiosos que le acompañaban.

Quienes le conocieron dicen que era bastante despistado, pero cuando se trataba de sus religiosos era atentísimo. El despiste, pudo ser la causa de su detención, pues habiéndose hecho primero con una cédula falsa, no se deshizo de ella al conseguir una a su nombre. Y cuando los milicianos le pidieron la documentación en un registro sacó las dos, lo que puso sobre aviso y le llevaron detenido. A partir de ahí el P. Ambrosio siempre manifestó su condición de sacerdote y capuchino y pudo llevar el consuelo a cuantos compartían la bodega del barco. Lo era y hasta los milicianos lo notaron y por eso fue elegido para ser fusilado.

--- --- *P. Miguel de Grajal* ---



El pastor que no abandona a sus ovejas

Aproniano de Felipe González nació en Grajal de Campos (León) en 1898. No sabemos si los dos monasterios femeninos de clausura que había en Grajal influyeron en su vocación, pero a los 12 años le vemos subiendo al tren que llevaba a El Pardo los primeros niños que inauguraban aquel seminario menor que tantas vocaciones ha formado. La de Aproniano cuajó plenamente y a los 16 años llegaba por primera vez a Montehano para hacer el noviciado de incorporación a la Orden, tomando el nombre del patrono del pueblo, san Miguel. Piadoso y de una inteligencia fuera de lo común, transcurrieron los años de formación con máximo aprovechamiento espiritual e

intelectual y se ordenó de sacerdote el 1 de abril de 1922 en León.

Y segunda visita a Montehano, también por un año, como cuando hizo el noviciado. Esta vez de profesor del Colegio de Filosofía. Las cualidades intelectuales que poseía también se veían acompañadas por destacadas cualidades pedagógicas, por lo que los superiores decidieron capacitarle mejor para sus tareas educativas y le enviaron a Roma para que se doctorase en Filosofía en la famosa Universidad Gregoriana. Tres años estuvo allí plenamente dedicados al estudio, con algún que otro ejercicio del ministerio sacerdotal como cuando acompañó en 1925 a la Adoración Nocturna española que congregó en una Vigilia en el Coliseo unos dos mil peregrinos. “Con que fervor cantábamos el *“Cantemos al Amor de los amores”*, escribía a su anciana madre. La Eucaristía era una de sus devociones.

En 1926 vuelve por tercera vez a Montehano. Esta vez para quedarse para siempre. Durante dos años ejerce de profesor, pero desde 1928 los Superiores le confían también la tarea de Director del Colegio, es decir, responsable de la parte espiritual de aquellos jóvenes entre 18 y 21 años que estudian Filosofía. Es una etapa delicada, no solo por la edad en sí, sino porque los estudios filosóficos pueden dejar en segundo plano los

fervores que los jóvenes traen del noviciado. El P. Miguel con dos conferencias semanales, trata de que los estudiantes vivan en profundidad su fe sintiéndose ante todo franciscanos llamados por Dios a vivir en intensa unión con Él. El P. Miguel daba el ejemplo que le salía del alma. Sobre todo a través de la Eucaristía. Terminada la oración de la noche, cuando los religiosos se retiraban al descanso, él prolongaba la oración bajando del coro al presbiterio para quedarse largo rato a los pies del Sagrario. Era un “alma eucarística”, título que llevaba un libro escrito por un capuchino italiano que él tradujo al castellano y que a tantas almas ha ayudado a inflamarse en el amor al Amor de los amores.

Las responsabilidades del P. Miguel iban en aumento. Salía muy poco de casa y casi su único ministerio era la confesión: confesaba a las religiosas clarisas de Escalante y a las personas que acudían a Montehano buscando su dirección. Pero en el convento no solo tenía que dar clases y orientar espiritualmente a los estudiantes, también asumió las funciones de vicario, y en cuanto tal, le tocó dar la cara cuando los milicianos se presentaron el 7 de agosto de 1936 y asaltaron el convento. El organizó el reparto de estudiantes y religiosos no sacerdotes por las familias de los pueblos cercanos que se habían ofrecido cuando las cosas empezaron a ponerse peligrosas a partir del 18 de julio. El día de la Porciúncula, que ese año cayó en do-



mingo fue una celebración muy emotiva. Todos se encomendaban a la Divina Pastora y la “buenagente” ofrecía sus casas a los religiosos.

El P. Miguel y tres religiosos más, todavía permanecieron dos días más en el convento, enteramente controlado por los milicianos. El día 9 fueron obligados a dejarlo y se dirigieron a Cicero repartiéndose en dos casas. Unos cuatro meses vivieron allí, buscando ocasión propicia para trasladarse a Bilbao. Casi todos se fueron y el P. Miguel también pudo irse. Pero decidió quedarse mientras quedaran estudiantes por la zona. Para atenderles mejor a mediados de diciembre se trasladó a Escalante. La relación con los estudiantes volvía a ser intensa, pero el 29 en la noche los milicianos fueron a buscarle a él y a Fr. Diego a la casa donde se escondían y los fusilaron en los aledaños de la playa de Berria (Santoña).

Fr. Diego de Guadilla



La comunidad de Montehano fue expulsada del convento el 7 de agosto por agentes de los frentes populares de Escalante y Santoña. Mientras los jóvenes filósofos y los hermanos legos eran autorizados para refugiarse en las casas amigas de los pueblos

próximos, los Padres eran llevados en calidad de presos al pueblo de Escalante. Después de largas horas, mortales de incertidumbre, se les consintió buscasen acomodo en casas particulares, donde quedaron estrechamente vigilados. Cuando los últimos meses del año 36 el furor marxista se desató con mayor violencia en la Montaña, varios religiosos ya habían corrido la aventura de escapar hacia Bilbao, donde no se les perseguía con tanta saña. Esta determinación aminoró el número de víctimas.

De la comunidad de Montehano perecieron el P. Miguel de Grajal, director del Colegio de Filosofía y fr. Diego de Guadilla. Este había nacido en 1909. De muy joven se trasladó a Segovia con la intención de hacerse religioso claretiano, pero no pudo seguir estudios por causa de la vista. Cuando le ofrecieron seguir como hermano no sacerdote se decantó por los Capuchinos a quienes sin duda conocía por las misiones populares o por los limosneros que desde Montehano recorrían el norte de la Provincia de Burgos para conseguir alimentos para los estudiantes de Filosofía.

Jacinto Gutiérrez Terciado, acudió al noviciado de Bilbao en 1929 y cambió su nombre por el de Fr. Diego de Guadilla. Su piedad se acentó, su vida se ahormó en el molde de san Francisco de Asís y san Félix de Cantalicio. Al

cabo de un año estaba listo para pasar a un convento de alto nivel espiritual como era el de Montehano, sede el colegio de Filosofía con el P. Miguel de Grajal al frente. Empezó de cocinero, oficio exigente sobre todo cuando las bocas de los jóvenes nunca decían basta y en la despensa no abundaban las reservas para unos 40 religiosos que ocupaban el abovedado comedor. En 1934 su trabajo varió, pero no era menos exigente y delicado: asumía múltiples funciones: portero, sastre, hospedero y enfermero.

Los que se sorprendieron fueron los milicianos que se presentaron el día 7 de agosto de 1936 a asaltar el convento. Todo fueron sobresaltos aquella mañana y la comida tuvo que hacerse bajo la mirada de los cañones de los fusiles. Los 36 religiosos que entonces moraban en el convento fueron saliendo en grupos hacia los distintos pueblos donde personas amigas habían ofrecido sus casas. Todos no. Precisamente los que habrían de rubricar con su vida su condición de religiosos, el P. Miguel y Fr. Diego, fueron invitados obligatoriamente a quedarse en el convento aquella noche. Cada uno aislado en su celda y unidos por el mismo miedo. Al día siguiente fueron conducidos a Cicero a distintas casas, pero sus vidas estaban definitivamente unidas. Todos los días tenían que acudir a la sede del Frente Popular de Cicero. Y ambos decidieron quedarse en la zona cuando los demás religiosos iban saliendo hacia Bilbao.

Más unidos a partir del 13 de diciembre cuando se trasladaron a Escalante en el barrio de La Cagioja donde los acogió la familia que llevaba la leche todos los días a los frailes. Allí pasaron la Navidad, pero el 29 de diciembre fueron a buscarlos cuando rezaban el Rosario, después de las faenas del día en aquella finca agrícola a la que ayudaba Fr. Gabriel. No hubo muchas explicaciones: "Suban al coche" y carretera adelante en dirección a Santoña fueron fusilados. Era viernes.



Una presentación de “Los siete mártires de Antequera” (Andalucía).

P. Ángel de Cañete



Nació en Cañete la Real (Málaga) el 24 de febrero de 1879. Fueron sus padres Pedro González y María Campos, modestos labradores. No existe certificación de Bautismo ni de Confirmación al haberse quemado el Archivo parroquial en 1936, según certifica D. Manuel Verdugo Almagro, cura regente de la parroquia de San Sebastián de Cañete la Real (Málaga) en carta que dirigió al Vicepostulador P. Rafael de Antequera.

En Sevilla conoció a los Capuchinos, ingresando poco después en el Noviciado de Massamagrell donde vistió el hábito capuchino el 24 de junio de 1896 y emitiendo la profesión temporal el 11 de julio de 1897 y la solemne el 17 de julio de 1900.

Tras realizar los estudios eclesiásticos y recibir todas las Ordenes fue, finalmente, ordenado sacerdote el 16 de abril de 1902.

A pesar de su naturaleza enfermiza, sin embargo, fue profesor y director del Seminario Seráfico, Guardián (Superior) de Granada, Antequera, Sevilla, Ubrique y Sanlúcar; tres veces Definidor provincial (Consejero), dos Custodio General (Delegado para asistir al Capítulo General) y también Vicepostulador de la Causa de Beatificación del Venerable P. Esteban de Adoáin, capuchino.

Fue un religioso de intensa vida de fe y de oración, de penitencia y gran austeridad. Devoto de la Cruz y de la Pasión, de la Virgen y de los santos. Cantaba con gran fervor al Seráfico Padre. Paralelamente brilló en él un amor exquisito hacia el prójimo, dejando constancia de ello en su caridad con los pobres y los obreros a los que ayudaba generosamente. Durante el asedio exhortaba a los religiosos y alumnos del Colegio a estar preparados para dar la vida por Cristo.

La tarde del 6 de agosto de 1936 fue violentamente asesinado a los pies del monumento al triunfo de la Inmaculada en la explanada del convento de capuchinos de Antequera. Sus restos descansan en la capilla de los Mártires del convento capuchino de Antequera.

== P. Luis María de Valencina



En Valencina del Alcor (hoy de la Concepción), de la provincia de Sevilla, nació el 27 de marzo de 1885 el P. Luis María de Valencina. Fueron sus padres Luis Limón y María Dolores Márquez y fue bautizado el 30 de marzo de 1885, recibiendo el nombre de Jerónimo y confirmado, en Valencina, el 29 de mayo de 1892.

Al sentir llamado por el Señor, ingresó en el Seminario Seráfico de los Capuchinos, de Antequera (Málaga). El 8 de mayo de 1900 vistió el hábito capuchino y cambió su nombre por el de Luis; emitió la profesión simple el 5 de junio de 1901 y la solemne el 5 de enero de 1905. Tras los estudios eclesiásticos de Filosofía y Teología, fue ordenado de sacerdote el 4 de abril de 1908. Tenía excelentes cualidades para el gobierno. Fue vicario de Granada, Antequera y Sevilla; guardián de Sanlúcar, Sevilla y Antequera, Definidor (Consejero) y Ministro provincial. Publicó la

“Salve Regina explicada” (Sevilla, 1918), obra inédita de su tío, restaurador de la provincia de Andalucía, el P. Ambrosio de Valencina.

A la llegada del Alzamiento Nacional el 18 de julio de 1936, el convento de los capuchinos de Antequera fue sitiado por los milicianos, asedio que duró 18 días, ni podían salir ni dejaban entrar a nadie. Los milicianos entraron varias veces y saquearon el convento maltratando a los religiosos y haciendo simulacros de asesinarlos; el convento era, además Seminario Seráfico y contaba con un grupo de unos 20 seminaristas (los demás hasta un total de 60 los habían podido enviar a sus casas). El P. Luis era Director del Seminario en estos duros momentos. Ante la confusión reinante aquellos días, el P. Luis, que era de naturaleza nerviosa, trató de huir del convento descolgándose por un balcón, fracturándose una pierna. Los rojos lo transportaron al hospital en una camilla de la Cruz Roja; no pudieron llegar porque rodeados de una turba salvaje que gritaba: ¡Muerte a éste! y entre burlas, lo llevaron hasta las afueras de la ciudad, lo arrojaron de la camilla y él, arrodillado encomendaba su espíritu al Señor y con su mano los bendecía, perdonándolos, mientras caía acribillado por las balas asesinas; después de muerto, los milicianos se cebaron sobre su cadáver golpeando con la culata de sus fusiles la cabeza del P. Luis hasta sacarle fuera la masa encefálica. Era el 3 de agosto de 1936. Con su muerte inauguraba la provincia capuchina de Andalucía la serie gloriosa de sus mártires.

P. Gil del Puerto de Santa María



El 29 de junio de 1883 nace el P. Gil en esta bella ciudad gaditana, perteneciente a la provincia de Cádiz y a la archidiócesis de Sevilla, célebre por sus bodegas, sus vinos y coñac. Fueron sus padres Andrés Soto y Genoveva Carrera; fue bautizado en la iglesia Mayor parroquial y Prioral el 26 de julio de 1883; fue confirmado en el Puerto por el arzobispo de Sevilla, el hoy Beato Marcelo Spínola y Maestre. Siendo aún niño, su familia se trasladó a vivir a Sevilla y él fue monaguillo de la parroquia sevillana de Omnium Sanctorum.

Ingresó en el Seminario Seráfico de Antequera donde cursó las humanidades. El 5 de julio de 1898 viste el hábito capuchino, emitiendo la profesión simple el 27 de julio de

1899 y la solemne el 5 de enero de 1905, recibiendo la ordenación sacerdotal el 21 de septiembre de 1907. Fue vicario y guardián de Córdoba; vicario de Sanlúcar, Antequera y director del Colegio Seráfico, maestro de novicios, secretario provincial, prefecto de estudios y profesor del Colegio Seráfico y lector de filosofía. Vivió entregado a la observancia y a los muchos trabajos que le encomendaron los superiores, destacando su espíritu de obediencia y su disponibilidad para toda clase de servicio.

Desde hacía algún tiempo presentía su martirio, manifestando su aceptación y disponibilidad en una carta que escribió a una religiosa capuchina: “Sobre el futuro, ¿quién, sino Dios, sabrá lo que ha de pasar? Orar, hacer penitencia y... estar alerta es lo único que por nuestra parte podemos hacer..., que en todo momento seamos de Jesucristo y le confesemos ante todo el mundo, que de esta manera venceremos aun perdiendo la vida, si el caso llega”. Tras 18 días de penoso asedio en el convento de Antequera donde, junto con sus compañeros, sufrió vejaciones y malos tratos, finalmente la tarde del 6 de agosto de 1936 se dirigía hacia el monumento de la Inmaculada con sus compañeros, rezando el Libro de las Horas, fue abatido por las balas de sus asesinos.

P. Ignacio de Galdácano



En Galdácano, provincia de Vizcaya, nació el 7 de febrero de 1912 el P. Ignacio. Fueron sus padres Esteban de Recalde y Uría y Rosa de Maguregui e Ibarrechebea, que eran labradores naturales de Galdácano. Lo bautizaron en la parroquia de Santa María el 8 de febrero de 1912, recibiendo el nombre de José María. El Obispo de Victoria, D. Leopoldo Eijo y Garay, lo confirmó el 15 de abril de 1921.

Estudió el bachillerato en el Seminario Seráfico de los PP. Capuchinos de Antequera (Málaga) y el 3 de julio de 1927 vistió el hábito capuchino, en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) cambiando el nombre por el de Fray Ignacio; hizo su profesión simple el 8 de julio de 1928 y la solemne el 31 de agosto de 1933. Fue ordenado sacerdote el 6 de abril de 1935, siendo dispensado de un año de edad. Fue profesor en el Colegio

Seráfico. Tenía muy buena voz y excelentes cualidades para la música. Había formado un coro que era el entusiasmo de los alumnos. Destacó siempre por su cordialidad y era un excelente predicador.

Su aceptación y disponibilidad para el martirio, quedó reflejada en una carta que envió a sus padres las vísperas de su martirio, el mismo 6 de agosto de 1936: *“Viva María. Hoy, día 6 de agosto de 1936, el vigésimo cuarto y quizás último de mi vida... Queridísimos padres y hermanos: Al recibir estos renglones, quizás ya no exista: espero tranquilo, de un momento a otro, la muerte, que para mí será la verdadera vida, porque muero por odio a la Religión y por ser religioso... No lloréis, padres y hermanos queridos; no llore, sobre todo usted, queridísima madrecita, mi amachu lastana; si le causa mucho dolor la noticia de mi muerte, le dé mucho consuelo el tener un hijo mártir... No sé cuándo llegará mi última hora: hace ya muchos días que la estoy esperando y conmigo estos mis hermanos religiosos. Que Dios sea bendito por todo y si quiere mi vida en testimonio de su doctrina y de su Religión, la ofrezco gustoso...”*. Junto a sus compañeros, murió asesinado la tarde del 6 de agosto de 1936 ante el monumento a la Inmaculada, en la explanada del convento de capuchinos de Antequera.

Fr. José de Chauchina, diácono



Nació en Chauchina (Granada) el 24 de febrero de 1897; fueron sus padres José María Casares Chica y Modesta Menéndez Sierra; fue bautizado el 4 de marzo de 1897 recibiendo el nombre de Alejandro. Estudió humanidades y vistió el hábito capuchino, en Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), el 18 de agosto de 1912; fue ordenado de diácono el 23 de enero de 1921; no accedió al presbiterado por padecer una enfermedad nerviosa. Fue

profesor en el Seminario Seráfico de Antequera. Dotado de grandes cualidades literarias dio en este campo excelentes frutos. Su producción poética en la revista *El Adalid* es muy abundante y extraordinaria; por sus poemas recibió un premio internacional, en Italia, con un poema dedicado a San Francisco de Asís, con ocasión del VIIº Centenario de la muerte del Santo, en 1926.

Devoto de Ntra. Sra. del Espino, patrona de su pueblo; era muy querido y apreciado por los religiosos y seglares. Noble de corazón y de espíritu procuraba agradar siempre en todo. Dicen los religiosos que lo conocieron que “su corazón era más grande que su misma inteligencia”. En el mismo sentido abundan otros compañeros: “Si se le pedía alguna cosa –dice el P. Ángel de León– no descansaba hasta que lo hacía”. “Fray José de Chauchina –refiere el P. Jerónimo de Málaga– se distinguió por su extrema caridad, no era capaz de negar un favor a quien se lo pidiese, siempre estaba dispuesto para ayudar a todos”. Como sus hermanos sufrió dieciocho días de asedio sufriendo registros y malos tratos, hasta que murió violentamente con sus compañeros la tarde del 6 de agosto de 1936, a los pies del monumento de la Inmaculada, en la explanada del convento de capuchinos de Antequera.

== *Fr. Crispín de Cuevas de San Marcos*



En Cuevas Altas o de San Marcos, provincia de Málaga, nace el 27 de diciembre de 1875 Fray Crispín; fueron sus padres Juan Pérez Valverde y Antonia Ruano Burgueño, siendo bautizado el 29 de diciembre de 1875. A los treinta años ingresó en la Orden Capuchina vistiendo el hábito el 7 de septiembre de 1905 como hermano. Hizo su primera profesión el 9 de septiembre de 1906 y la segunda el 28 de noviembre de 1909. Pasó a las misiones de Santo Domingo en el 1910, trabajando con dedicación y entrega en la catequesis, siendo un

excelente colaborador de los misioneros en todas las tareas parroquiales. En 1925 volvió a la provincia siendo destinado al convento de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz), donde continuó ejercitándose en los trabajos más humildes y forjando sus extraordinarias virtudes.

Se hizo querer de todos por su afabilidad de trato, delicada y exquisita caridad. “Fray Crispín de Cuevas era humilde, jamás se hacía notar; era muy amante de la pobreza y respecto a la comida, decía: Hermano, lo que me corresponda. Si se le daba alguna cosa la tomaba; si no se le daba, no protestaba” —manifiesta el P. Jerónimo de Málaga—. Era religioso de oración y amante del silencio. Cuando llegó el Alzamiento el 18 de julio de 1936, estaba de comunidad en Antequera y sufrió junto a sus hermanos 18 días de asedio, viviendo totalmente incomunicados con el mundo exterior. Los milicianos, en uno de sus reiterados saqueos al convento, lo encontraron orando en la iglesia, pero igual que la vida de los santos hermanos capuchinos, el silencio rodeaba la vida de Fray Crispín, porque su mente siempre estaba absorta en Dios. Cayó, bajo las armas de sus enemigos, la tarde del 6 de agosto junto a la Virgen Inmaculada, en la explanada del convento de Capuchinos de Antequera.

Fr. Pacífico de Ronda



Nació en Ronda, la ciudad del Tajo, el 8 de noviembre de 1882; fueron sus padres José Rodríguez Navarro y María Navarro. Fue bautizado en la Parroquia de Ntra. Sra. del Socorro el 13 de noviembre de 1882; no consta su partida de Confirmación al ser destruido el archivo parroquial en la guerra civil. Llamado por Dios, ingresó en los Capuchinos a los diecinueve años de edad, como hermano no clérigo. Inició el Noviciado en Sevilla el 12 de noviembre de 1901, vistiendo ese día el hábito capuchino. Emitió la profesión simple el 8 de diciembre de 1902 y la solemne el 15 de noviembre de 1906.

Durante muchos años fue limosnero de distintos conventos de la

provincia y propagador de la revista *El Adalid*. Como limosnero, los bienhechores estaban muy edificados de su buena conducta y virtudes, así como de su ejemplar comportamiento, de su delicada educación y de su correcto trato.

Ante el giro que iban tomando los acontecimientos en julio de 1936, pidió permiso para irse el 20 de julio a casa de unos bienhechores, pero a pesar de haber sido acogido con mucha caridad, decidió volver al convento, participando de las inquietudes y preocupaciones de sus hermanos, hasta que, después del saqueo del convento y de las vejaciones sufridas con sus hermanos, el 3 de agosto, Fray Pacífico decidió marchar a la zona nacional, saliendo por el postigo de la puerta de la huerta; poco después era arrestado y encarcelado en el calabozo de la Comisaría Municipal de la calle Infante, donde sólo pasó cuatro días. El 7 de agosto le dieron la libertad. ¡Pura ironía de las palabras! Los rojos lo dejaron marchar, pero Fray Pacífico comprendió bien pronto de qué se trataba y gritó: “¡Mi sangre caiga sobre vosotros!” Allí mismo los rojos, en la céntrica calle de Estepa, de Antequera, lo acribillaron a balazos. Era el día de la fiesta de los mártires capuchinos Agatángel y Casiano.

Mártires de la Provincia Capuchina de Valencia



La diócesis de Valencia se adelantó en la proclamación de la Beatificación de sus “Mártires testigos de la fe en España en el siglo XX”. Estos son los capuchinos Valencianos beatificados por Juan Pablo II el 11 de marzo de 2001. Ahora van a ser beatificados otros tres nacidos en Orihuela (Alicante).

P. Eloy de Orihuela



Nació en Orihuela el día 30 de noviembre de 1876 y fue bautizado el día siguiente, imponiéndole los nombres de Andrés Francisco y Filomeno. Fueron sus padres D. Manuel Simón y D^a. Francisca Gómez.

Ingresó en el seminario conciliar de Orihuela, pero el Señor lo llamaba a la Orden Capuchina, y pronto ingreso en ella. Vistió el hábito el 1 de diciembre de 1891, cambiando su nombre por el de Fr. Eloy de Orihuela. El 1 de diciembre de 1892, hizo la profesión simple en el convento de Santa María Magdalena de Massamagrell, y el 1 de diciembre de 1895 emitió los votos solemnes en Orihuela. Terminados sus estudios eclesiásticos recibió la orden sacerdotal el 9 de Abril de 1899.

En la Orden desempeñó el P. Eloy cargos de mucha importancia como superior regular de la custodia de Bogotá y de la misión de la Guajira. En la provincia fue superior de casi todos los conventos. Además fue el Secretario de su tío el Excmo. y Rvdm. P. Francisco de Orihuela, en la diócesis de Santa Marta (Colombia).

A la llegada del Alzamiento Nacional, el Siervo de Dios se refugió en Orihuela cuando el 20 de febrero de 1936 la residencia de Nuestra Señora de Orito fue reducida a cenizas.

En las primeras horas del día 7 de noviembre de 1936 paseaba el Siervo del Dios con su primo hermano D. Primo Simón Navarro por el caminito que conduce de la carretera a la casa resguardándose de las miradas. Por la tarde del mismo día lo detuvieron los milicianos y le hicieron subir al coche bajo pretexto de que le llevaban a Alicante. Pero sabía el Siervo de Dios que iba a la muerte, como sucedió en efecto. Llegados al barranco Amorós, término municipal de Crevillente, los milicianos le hicieron bajar, lo alejaron algo de la carretera hacia la cuneta y lo martirizaron cruelmente abriéndole el vientre con un puñal. Así cayó al suelo, el Siervo de Dios envuelto en su propia sangre. Los mismos asesinos han dejado en sus declaraciones esta tétrica descripción: “Todas sus vísceras le colgaban como a los caballos que son corneados en las carreras de la plaza de toros”. Así cayó el Siervo de Dios, envuelto en su propia sangre, sufriendo con heroica resignación el martirio. Finalmente una última cuchillada en la garganta le arrancó la vida mientras el asesino decía:” A estos hay que matarlos como a los cerdos”.

Fue sepultado en el cementerio de Crevillente (Alicante) y desde allí, reconocidos sus restos, fueron trasladados al panteón de los PP. Capuchinos de Orihuela y luego trasladados a la cripta del convento de Santa María Magdalena de Massamagrell, de los PP. Capuchinos, el 14 de abril de 1989, donde reposan al día de hoy.

== *P. Honorio de Orihuela*



Muy cerquita del convento que los PP. Capuchinos tienen en la ciudad de Orihuela, nació el día 23 de noviembre de 1888 un niño a quien se le puso por nombre Ramón

Domingo y era hijo de D. Francisco Juan y de D^a Concepción Costa. Siguiendo la santa costumbre de entonces, el niño fue bautizado el día siguiente en su parroquia del Apóstol Santiago. A los once años ingresó en el seminario se-ráfico de los PP. Capuchinos, a la sazón en el convento de Nuestra Señora de Orito. Allí cursó latín y humanidades y se preparó para vestir el hábito capuchino. En 1905 vistió el hábito se-ráfico en el convento de Santa María Magdalena, de Massamagrell y cambió su nombre por el de Fr. Honorio de Orihuela. Allí mismo profesó al año siguiente el 22 de diciembre de 1906.

Continuó su formación con los estudios eclesiásticos, emitió la profesión solemne el 25 de diciembre de 1909; finalizados los estudios recibió la Ordenación sacerdotal el 6 de junio de 1914. En este momento empieza su vida apostólica, la que se desarrolla en dos conventos: En Totana hasta 1923 y en Castellón de la Plana desde 1923 hasta julio de 1936. La revolución marxista le sorprendió en Orihuela, donde disfrutaba de unos días de descanso junto a sus familiares. El P. Honorio, una vez ordenado, se dedicó con celo

incansable al apostolado. El confesonario, el catecismo, los enfermos y los pobres absorbieron su vida sacerdotal. Confesaba sin cansarse. La caridad para con los pobres no tenía límites y era incansable en socorrerles con limosnas que los ricos le facilitaban. Pero la nota característica del apostolado del P. Honorio fue la asistencia a enfermos y moribundos. Su gran caridad tuvo su corona gloriosa en el martirio. La revolución y persecución marxista le encontró en su casa, descansando de las fatigas del año. Se recluyó en su casa y llevó durante los días de forzoso encerramiento una vida recogida y piadosa cual si estuviese en el convento.

El día 13 de noviembre de 1936 los milicianos cercaron la manzana de casas entre las que se encontraba la casa de la madre del P. Honorio y prendieron al Siervo de Dios, quien fue trasladado a la cárcel preventiva de Orihuela. Pasó allí días de serenidad y de calma preparándose para el martirio que esperaba de un día para otro. Por fin el día 30 de noviembre, a media noche, fue sacado de la cárcel con diez sacerdotes con el pretexto de ser llevados a Alicante. Una camioneta los llevó a los paredones del cementerio de Elche y allí fueron fusilados y serían sepultados. Los restos del P. Honorio, tras ser identificados, descansan desde el 9 de julio de 1939, en el cementerio de Orihuela, de donde se trasladaron a la cripta del convento capuchino de Santa María Magdalena, en Massamagrell, el 14 de abril de 1989.

= *P. Juan Crisóstomo de Gata de Gorgos*



EL Beato Juan Crisóstomo nació en Gata de Gorgos (Alicante) el día 18 de noviembre de 1874, hijo de D. Vicente Caselles y de D^a. Antonia García. Fue bautizado el 19 de

noviembre de 1874 en la iglesia parroquial del pueblo y se le puso por nombre Ignacio. A los doce años ingresó en el seminario seráfico que tenían los PP. Capuchinos en Orihuela. Estudiadas las humanidades, marchó al noviciado a Santa María Magdalena, donde vistió el hábito seglar cambiando el nombre por el de Fr. Juan Crisóstomo de Gata; allí profesó la regla seráfica el día 23 de agosto de 1892. La profesión solemne la hizo en Orihuela el 25 de agosto de 1895. Concluidos los estudios eclesiásticos fue ordenado sacerdote el 12 de febrero de 1899 pasando unos pocos años en el convento de Ollería, regresando muy pronto a Orihuela, donde pasó todos los días que le restaban de vida. En Orihuela vivió el P. Juan sus 36 años de sacerdote. Era queridísimo de todos y le reconocían por el “P. Juanito” por lo pequeño de su estatura. La fisonomía espiritual de este hombre de Dios se ha de formar en función de su corazón y de su ministerio en el confesionario. La obediencia le encargó de dos oficios que correspondían a sus dos amores. La Adoración Nocturna y la propagación de la devoción a la Virgen bajo el títu-

lo de “Virgen de las Tres Avemarias”. En Orihuela pasó su vida y en Orihuela recibió el martirio. El Siervo de Dios salió del convento al disolverse la comunidad y se recluyó voluntariamente en la casa del P. Honorio de Orihuela, sita en la calle de Capuchinos de Orihuela. Allí pasó los primeros meses, hasta su traslado a la casa del presidente de la Adoración Nocturna donde permaneció hasta la víspera de Navidad de 1936.

Un pelotón de milicianos cercó la casa de Carrió, refugio del P. Juan, el día 24 de diciembre de 1936. El Siervo de Dios ni quiso escaparse ni esconderse, pudiendo hacer ambas cosas. A la primera voz de los rojos se entregó como lo tenía ya anunciado repetidas veces: “Si vienen por mí, me presento”. En la nochecita del día 24 de diciembre fue sacado de la prisión y fusilado en el camino vecinal que une a Arneva con Hurchillo. Los vecinos, que conocían muchísimo al P. Juan, oyeron los disparos y acudieron al día siguiente a contemplar el cadáver del Siervo de Dios. Sobre su cadáver habían puesto los asesinos un rótulo grotesco y mal sonante. Los restos del P. Juan descansaron en el cementerio de Crevillente, desde donde tras ser reconocidos, fueron trasladados al cementerio de Orihuela y de allí serían luego trasladados a la cripta de la ermita de Santa María Magdalena en el convento de Massamagrell, de los PP. Capuchinos, el 14 de abril de 1989 donde descansan en el día de hoy.

== Carta del P. Ignacio de Galdácano

Era su despedida de su familia. Es una gran manifestación de su fe. Con esa misma fe y cariño, estos treinta y dos capuchinos entregaron su vida por amor a Dios. Con esa misma fe, esperanza y alegría la traemos a nuestra revista.

“Viva María.

Hoy, día 6 de agosto de 1936, el vigesimocuarto y quizás último de mi vida, a las nueve y media de la mañana, escribo esto para mi queridísima familia.

Queridísimos padres y hermanos: al recibir estos renglones, quizás ya no exista: espero tranquilo, de un momento a otro, la muerte, que para mí será la verdadera vida, porque muero por odio a la religión y por ser religioso. No lloréis, padres y hermanos queridos, como lloro yo al escribiros ésta, no por miedo, sino porque sé que va a causaros pena mi muerte; no llore, sobre todo usted, queridísima madrecita mi *amachu lustana*; si le causa mucho dolor la noticia de mi muerte, le dé mucho consuelo el tener un hijo mártir, que desde el cielo le sigue queriendo muchísimo y rogando por usted y por todos los de la familia para que allí nos encontremos un día todos.

No se cuándo llegará mi última hora: hace ya muchos días que la estoy esperando y conmigo estos mis hermanos religiosos. Que Dios sea bendito por todo, y si quiere mi vida en testimonio de su doctrina y de su Religión, la ofrezco gustoso. Solamente pido que los que nos hemos amado en la tierra sigamos amándonos desde el cielo.

Agur, agur hasta el cielo.

No lloréis por mí, padres y hermanos queridos; sabed que muero mártir de Jesucristo y de su Iglesia.

Agur, agur, agur, agur, agur...

Antequera, fiesta de la Transfiguración del Señor de 1936.

Yo, Fr. Ignacio de Galdácano, capuchino (José Mari).”

Vivir la fe es martirio de amor



La fe es amor, y vivir la fe es martirio de amor. Este pensamiento primero que, abre el presente artículo, es gozo y puerta de felicidad. **El díptico FE-AMOR** se identifica tan plenamente en el martirio, que dejan de ser dos palabras con dos actitudes para convertirse en un solo reto, con un solo acto, para una sola entrega. Como siempre, tan acertadamente, el benemérito papa Benedicto XVI así lo expresa: “*Por la fe los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio que los había transformado y hecho capaces de llegar al mayor don del amor con el perdón de sus perseguidores*”.

1. Desde niño

Hace ya bastantes años hice mis estudios humanísticos en el seminario de El Pardo, “*Seminario seráfico de misiones de Padres Capuchinos*”. Fueron seis años dedicados al estudio, a saber rezar y contemplar a Dios, y a ir creciendo en disciplina de mente y de corazón. Como tiene que ser una auténtica formación integral de la persona entera. Al fin y al cabo, era un modo de aprender a ser fraile desde niños. Las circunstancias y la cultura de cada tiempo imponen perfiles, diseños, sistemas programas y proyectos de vida. **Por supuesto, siempre en libertad de hijos de Dios para estar, aprender, seguir y mirar hacia delante...**

Hoy, que tantos políticos y otra clase de gente recuerdan y escriben sus memorias, aunque pequen de inciertas, también podríamos hacer lo mismo cualquiera que recuerde su pasado con gratitud: un pueblo salmantino, recostado en las arribes del Duero; un hogar de padres y hermanos, metidos bien en el alma; un seminario de El Pardo con un plantel de profesores, muy clásicos y excelente; y a tantos compañeros que anduvieron otros caminos; y , por fin, otros tantos discípulos que por mis clases pasaron años más tarde...

Pero, sobre todo, quiero traer a la memoria una **lápida, colocada a la puerta del seminario**, que viene a decir un mensaje de vida aunque sea con

la muerte: **“Fray GABRIEL DE ARÓSTEGUI fue fusilado el 23 de agosto de 1936 por negarse a blasfemar”**.

Sin duda, tal leyenda la he leído muchas veces y ha pasado por mi retina muchas más. Sin duda, uno la ha guardado en mente y en corazón, y ha resultado ser una lección, siempre retenida en el alma... Sin duda, tal lápida con su historia, heroica y maravillosa de martirio, a cualquiera le puede interpelar. Y estoy seguro que para tantos y tantos ha sido un toque de atención y aldabonazo gozoso de conciencia... ¡Cuántos niños y cuántos adultos han podido fijar sus ojos en la fe que esconde tal leyenda sublime! Sin duda alguna, tu lección de fe y sangre derramada, querido hermano fray Gabriel, te la agradecemos infinitamente. Por esa lección y por tu coherencia valiente subiste a la casa del Padre y Madre Dios, aquel 23 de Agosto de 1936. Fue sin duda una lección, una lección que se grabó en mi alma mejor que otras tantas y tantas que me fueron llegando...



2. Un trece de Octubre viajaré a Tarragona

No es cuestión de profecía; es agenda de fe. En mis idas y venidas, no he parado en Tarragona. Y Dios sabe si en los años que quedan iba a pasar por ella, sin saber cuando. Hoy, cuando escribo esta colaboración, ya sé que viajaré a Tarragona, si las ganas de vivir responden y Dios consiente. Sí, será el 13 de octubre del 2013.

Por supuesto, no será un viaje de turismo para andar y recordar aquella vieja Tarraco de los Escipiones, que el escritor Plinio menciona en su “Historia Naturalis”. No pisaré sus murallas ni visitaré su arqueología prerromana ni andaré por cementerio de tumbas romano-cristianas; ni me pararé a contemplar el florecimiento de la **“Colonia Julia Urbis Triumphalis”**, que así convirtió el gran Julio Cesar como centro de congresos religiosos y políticos y residencia posterior de emperadores. Y tantos otros esplendores de aquella Tarraco, medio enterrados en el túnel de los tiempos... no iremos de turismo, no. Y eso que a este peregrino, como diría el otro viajero alcarreño, le complace contemplar historia, cultura y arte...



Pero sí estaré en su Catedral Románica, que tardó más de un siglo en revestirse de gótico tardío. También dicen que **Francisco de Asís** pasó por estos caminos. Demasiados caminos los que recorrió este Francisco en su paso por tierras hispanas... Sí estaré en la Catedral, formando asamblea católica, para celebrar el gozo inmenso de mártires cristianos de hoy día, pertenecientes a muchas congregaciones religiosas; entre los cuales subirán a la gloria de Bernini **treinta y dos hermanos capuchinos... ¡GLORIA Y HONOR AL DIOS DEL CIELO Y DE LA TIERRA!**

Estos mártires españoles se unirán al aniversario de aquella muchedumbre inmensa de cristianos de épocas romanas, guía-

dos en los siglos III y IV por formidables santos como fueron los Fructuosos, Eulogios y Augurios, o mujeres tan audaces como las Santas Perpetua y Felicidad. Muchedumbre incontable, de vestiduras blancas, que llega de la lejana tribulación de todas las patrias... Si. **Estaré en la catedral** con muchos hombres y mujeres para celebrar a la iglesia triunfante, germinada y cultivada desde una fe viva y comprometida. Pues la fe siempre fue riesgo bienhechor y fecundo... La beatificación de estos hermanos mártires resulta mas estimulante a sellar la vida cristiana desde una confesión sincera, humilde y agradecida a Dios, que les imprimió tal grandeza y tal don de gracia y generosidad.

Y para terminar, como una oración tuya y mía: Hermanos cristianos de hoy, que estamos transitando por este mundo, bastante fragmentado y alejado de la fe, pidamos al Dios altísimo, "*Padre de las misericordias*" (que siempre añade Clara de Asís), que nunca enterremos la fe con secularismos ni otras actitudes ambiguas. Este acontecimiento de Tarragona sea don que nos llame más a una conversión evangélica, siempre necesaria y mucho aleccionante en este "AÑO DE LA FE".

Hno. Inocencio Egido

ELENCO DE NUESTROS PRÓXIMOS XXXII BEATOS MÁRTIRES CAPUCHINOS



Convento de Medinaceli

- 1.- P. Andrés de Palazuelo del Torio (León) (Miguel González González).
- 2.- P. Fernando de Santiago de Compostela (Fernando Olmedo Reguera).
- 3.- P. José María de Manila (Eugenio Saz-Orozco Mortera Camacho).
- 4.- P. Ramiro de Sobradillo (José Pérez González).
- 5.- Fr. Aurelio de Ocejo (Facundo EscancianoTejerina).
- 6.- Fr. Saturnino de Bilbao (Emilio Serrano Lizarralde).

Convento de El Pardo

- 7.- P. Alejandro de Sobradillo (Juan Francisco Barahona Martín).
- 8.- P. Gregorio de la Mata (Quirino Díez del Blanco).
- 9.- P. Carlos de Alcubilla (Pablo Morillas Fernández).
- 10.- Fr. Gabriel de Aróstegui (Lorenzo Ilarregui Goñi).

- 11.- Fr. Primitivo de Villamizar (Licinio Fontanil Medina).
- 12.- Hno. Norberto Cembranos de Villalquite (Norberto Cembranos de la Verdura). Donado perpetuo.

Convento de Gijón

- 13.- P. Berardo de Visantoña (Joaquín Frade Eiras).
- 14.- P. Arcángel de Valdavida (Ángel de la Red Pérez).
- 15.- P. Ildefonso de Armellada (Segundo Pérez Arias).
- 16.- P. Domitilo de Ayoó (Felipe Avelino Barrero).
- 17.- Fr. Alejo de Terradillos (Basilio González Herrero).
- 18.- Fr. Eusebio de Saludes (Ezequiel Prieto Otero).
- 19.- Fr. Eustaquio de Villalquite (Bernardo Joaquín Cembranos Nistal).

Conventos de Santander y Montehano

- 20.- P. Ambrosio de Santibáñez (Alejo Pan López).
- 21.- P. Miguel de Grajal (Aproniano de Felipe González).
- 22.- Fr. Diego de Guadilla (Jacinto Gutiérrez Terciado).

Convento de Antequera

- 23.- P. Ángel de Cañete la Real (José González Campos).
- 24.- P. Luis de Valencina (Jerónimo Limón Márquez).
- 25.- P. Gil del Puerto de Santa María (Andrés Soto Carrera).
- 26.- P. Ignacio de Galdácano (José Recalde Maguregui).
- 27.- Fr. José de Chauchina (Alejandro Casares Menéndez).
- 28.- Fr. Crispín de Cuevas Altas (Juan Pérez Ruano).
- 29.- Fr. Pacífico de Ronda (Rafael Rodríguez Navarro).

Convento de Orihuela

- 30.- P. Eloy de Orihuela (Andrés Simón Gómez).
- 31.- P. Juan Crisóstomo de Gata de Gorgos (Ignacio Caselles García).
- 32.- P. Honorio de Orihuela (Ramón Domingo Juan Costa).

ALLELUIA!!



***Cuando CRISTO,
como el fuego nuevo, brotó de la
tierra, llenó el mundo de LUZ y VIDA.***

